

LA LLAMADA

MANUEL MORENO BARRANCO

Las paletadas rítmicas sobre el agua verdosa del Volga producen un leve ruido en la noche rusa de San Juan. Ivan Lekoff, sentado en el centro de la barca que lo conduce a la orilla del río, olvida esta noche el goce de otras noches, negras y aromáticas como el té ruso. Conforme se va acercando a la orilla, va entrando en su campo visual la gran alameda frente al río, umbría y sedosa como una madreselva. Los enjutos árboles que circundan la gran meseta natural están verdosos, con un profundo olor vital en esta noche veraniega.

Noche de San Juan. Se celebra a todo lo largo de los caseríos que viven a orillas del Volga. Cada caserío es una llama viva de alegría, luminaria desprendida de una gigantesca antorcha sin límites que desde los cielos hubiese dejado caer chispas regocijantes sobre todo el contorno, encendiendo cada corazón en una fragante copa ardorosa, que apagase todos los dolores de la tierra.

Ivan Lekoff atraca con su barca en uno de los numerosos desembarcaderos establecidos a lo largo de la unión de la tierra y el río. Chapotea un momento sobre el agua, pisa la piedra del muelle con sus altas botas de batelero y amarra la barcaza a uno de los postes, que como silenciosos guardianes medievales parece guardar a la tierra de alguna ignorada acechanza. Su figura alta, flaca y erguida, se recorta contra el cielo. Semeja un antiguo cosaco de los zares. Sus ojos, verdosos y vivos, con una chispa aleteante siempre en ellos, tienen una longitud pronunciada en los extremos. A veces cobran un iris tan violento, que se tornan casi negros. Las mejillas, algo descarnadas, con la boca, fina y nerviosa, de labios breves y carnosos, completan un conjunto vital y sorprendente en xxkxxxx su serena fuerza desprendida. El cuerpo de Ivan Lekoff, magro y atlético, sugiere la figura de uno de aquellos monjes, batalladores en los siglos de las cruzadas, que conquistaron un mundo material en nombre de una espiritualidad militante.

Es 1913. Ivan Lekoff es ruso, siente una indiferencia absoluta por el zar. Se ha nutrido de la iglesia ortodoxa rusa, de sus iconos, de su sentimiento místico hacia la muerte. Pues bien, como el colchón recibe la bala, la asimila momentáneamente y luego la expulsa, en Ivan Lekoff ha rebotado completamente el misticismo ruso, sus prácticas religiosas y su enfrontamiento ante la muerte. Ha clavado sus raíces en el aparente ateísmo de Voltaire, en el sólido racionalismo cartesiano, en la gracia francesa de la literatura de fines del XIX, en la feroz desesperanza de Nietzsche. Autor de libros de psicología experimental, profesor de la Universidad de Kersoff, su ardiente curiosidad de analítico de almas le ha empujado esta noche a su aldea natal, la pequeña Kieria, mancha diminuta en la gran estepa rusa. En ella ha transcurrido su niñez, hasta que fué a cursar estudios superiores a Kersoff, la ciudad de las treinta torres vigiladas por el cielo. Además, Ivan Lekoff siente nostalgia de Luba ~~Wronsky~~ Dubroskā.

......

El pueblo, fría joya bajo la luna, está desierto. Todo él está reunido en las afueras, celebrando la fiesta en torno a la gran hoguera de la noche de San Juan, el día grande de Kieria. Ivan Lekoff avanza por las calles solitarias. Son, a la fría pureza astral, como heridas blancas sobre la tierra negra que les sirve de lecho.. En una plaza pública, una fuente, manantial antiguo, abre una pequeña brecha en el vasto silencio de la noche. Más allá, un viejo alano, brasas de los ojos, borrasca del negro pe-
1 lo, lanza su nostálgico aullido a las altas estrellas.

A lo lejos, se van perfilando redondos murmullos, risas largas, gritos que muerden, eléctricos, la densa muralla del silencio. El pueblo termina. Ivan Lekoff desemboca en la gran explanada de Kieria, abrazada por el mar.

Allí, rutilante, desbordada, magnífica, celebra Kieria la noche de San

Juan. La noche en que enciende la hoguera anual en el centro de la ensenada.

......

El pueblo está diseminado por la vasta llanura, dividido en pequeños grupos que ríen, beben y cantan. Luba Dubroska, fina, vibrante, nerviosa, divisa a Ivan, se levanta del centro de una reunión y lo llama a gritos:

¡Ivan! ¡Ivan! ¡Ven! - Se acerca a su encuentro.

Ivan Lekoff se dirige hacia ella. Sus ojos, escrutadores, la detallan en un segundo. Hace tiempo que no la ha visto, pero Luba Dubroska es inalterable. Cabellos negros enmarcando un rostro de blancura rosada, en el que triunfan unos ojos almendrados de color verde oscuro, boca carnosa y bien dibujada, lirio temprano. Nariz fina, correcta, casi clásica. Esbelta como un pino joven, señorial como una princesa de los zares, vibrante como una creación incandescente del Greco.

- Te hemos estado esperando - le dice - Creíamos que no venías. Has pasado la hora de la plegaria a Nuestra Señora de Kazan.

- Sí... Lo siento - responde Ivan Lekoff

Hay en la respuesta una sutil ironía. También una sombra de nostalgia.

- Sí, amigo mío - dice Loriga Feyra, el cosaco de grandes bigotes y risa alegre y continua - también llegó la hora del vodka, con su cortejo de danzas y su alegre retozar de chicos y chicas.

Loriga Feyra ríe estrepitosamente. La hora del vodka llegó en efecto para él. Está un poco pintón, como él dice. Es un enamorado constante de la mujer, la caza y la risa.

- Querido Ivan, si hubieses llegado hace media hora, habrías visto cosa buena. Nuestra Luba nos brindó la danza guerrera de la Vetsálida. Parecía una diosa bailando alrededor de la hoguera. Tuvo un gran éxito. ¿Sabes quién la felicitó? - Aquí soltó una sonora carcajada el jocoso cosaco - Su amigo Rima Andrevitbh. El amigo Rima está muy intere-

sado por ella. No hacía más que comérsela con sus ojos de ternero. Ja, ja.

- Calla, Loriga - interrumpe Luba - No dices más que sandeces. Se conoce que el vodka de Kieria es demasiado fuerte para tan rudo cazador.

Ivan ha escuchado hasta ahora en silencio. Ríe silenciosamente y mira a Rima Andrevitch, su discutido y derrotado rival ante Luba Dubroska. Rima es delgado y alto, es alegre y sencillo, tiene unos ojos azules, francos y dulces. Esta noche también está algo bebido. Sus ojos, con las pupilas báquicas, ciñen al trío mientras se acerca.

A Amigo Ivan, querida Luba - su voz tiene una limpia alegría - esta noche es noche de paz y de gozo. He traído un ternero para que lo guises con pimentón, con mucha salsa y lo pongas doradito para todos nuestros amigos. Sobre todo para el buen Ivan, para celebrar su venida...

- Gracias, Rima Andrevitch - dice sencillamente Ivan.

- Bien, acerquémonos al grupo - corta suavemente Luba - Es necesario que Ivan rece la plegaria a nuestra Señora de Kazan.

El grupo recibe con alegres gritos la llegada del nuevo invitado. Allí está María Dubroska, hermana de Luba, tranquila, señorial, con una vieja soberanía en el gesto y una dulzura penetrante en la mirada. También está Keline Boranoff, el viejo batelero. Más allá está su mujer, Mirka Dimitrievna, que conserva restos de su pasada hermosura. Pegado a una garrfa de vodka está Andrevitch Kamenev, el viejo tañedor de balalaika, con sus ojos melancólicos y su barba descuidada. En él parece concretarse todo el misticismo eslavo, con su vaguedad de ensueño y su punzante melancolía.

- Amigos - la voz de Ivan Lekoff es sonora - la noche es hermosa y convida a gozar, a beber ampliamente de las generosas ubres de la vida. Levantemos nuestros vasos y brindemos sencillamente por una cosa única y perfecta. La hermosura de la vida.

- Bravo, padrecito - saluda Loriga Feyra - esta noche vienes de lo

mejor. Mira los ojos brillantes de todos nosotros. Hasta que los tuyos no tengan el mismo alegre brillo, no pararás de brindar con tu amigo de toda la vida Loriga Feyra. Brindaremos por lo que tú has dicho. Por la hermosura de la vida.

Todos beben de una vez con tragos profundos. Ahora recemos a Nuestra Señora de Kazan - la voz de Ivan, antes llena y sonora, se ha vuelto grave y profunda. Los ojos de los bebedores, regocijados y frenéticos aparecen como borrados por una sombra interna que los vela y calma.

Ivan Lekoff dice las palabras, que todos van repitiendo:

- Nuestra Señora de Kazan, reina y madre nuestra, que nos miras desde tu alto lecho de estrellas, protectora de nuestra vida del alma y de nuestro cuerpo material, que cuidas nuestro trigo y haces que en nuestro hogar no falte el pan y la sal, protege en esta noche bienaventurada y en todas las que han de venir a tus hijos los hombres que habitamos esta tierra, para que el mal se aleje de nosotros ahora y siempre.

Todos se santiguan. Hay un sabor de viejo rito en la invocación, que penetra hondamente en todos los presentes.

- Toma, Ivan - Rima le alarga su vaso - bebe de mi vodka y come de mi pan. Seamos hermanos. Que desaparezca la vieja rivalidad, que había nuestros ojos duros y nuestra boca triste. Luba nunca será para mí. Esta noche es fraternal y ardo en deseos de bailar con mis hermanos todos. Sobre todo con mis hermanas - concluye con ligera malicia - Son hermosas y alegres.

- Gracias, Rima Andrevitch - contesta Ivan - Fraternicemos juntos esta noche.

- Esta noche y todas las noches - interrumpe Luba - La amistad debe ser sellada.

- ¿Cómo? - pregunta el viejo Keline con los ojos brillantes.

- Con el rito antiguo de los bateleros del Volga. Hay que unir sangre con sangre. Los que han unido una vez su sangre, serán hermanos en la paz y en la guerra, comerán juntos el pan y la sal. Sólo se romperá esa unión en este mundo, cuando uno de los dos esté fertilizando la tierra que pisamos.

Hace tiempo que el viejo Keline no ha presenciado la ceremonia. El rito antiguo de los bateleros del Volga obliga mucho. No es frecuente. Es unidad en la vida. No sabemos después de la muerte. Basta que uno de los dos sea batelero, pero ambos tienen que haber engendrado a orillas del río.

Un profundo silencio sigue a las palabras de Luba. Todos conocen el significado del rito, pero pocos lo han presenciado.

- Ivan Lekoff, Rima Andrevitch - la voz de Luba Dubroska es solemne - conocéis el rito y su práctica. ¿QUeréis uniros con la amistad del batelero?

- Sí, queremos unirnos - las voces unidas tienen ya un calor de hermandad.

- Acercaos, pues. El viejo Keline establecerá la unión entre vosotros.

Loriga Feyra enciende un pequeño fuego, en el que ~~el~~ Keline Boranoff purifica su cuchillo de batelero. Todos le rodean, expectantes. Sienten la turbadora sensación que se experimenta cuando el líquido vital ha de ser vertido, cuando se va a realizar externidad la pura interioridad que es el misterio infinito de la sangre. Cuando la hora de la batalla atraviesa con su clarín el silencio de las madrugadas sangrientas, cuando llega la hora de matar en las corridas españolas, siempre que las decapitaciones han enrojecido los cadalsos, en las degollaciones de las luchas religiosas, en las impasibles crueldades de los circos antiguos, Más allá del pensamiento y de la humanidad, dominando la rectitud ~~de la~~

y la justicia, encharcadas en el lago misterioso y bestial de los instintos, las narices de los hombres se han dilatado, aspirando, ávidas, el semen lúbrico y frenético, embriagados por el brillo lujurioso y orgiástico de la sangre.

Los bateleros son maestros en las prácticas del rito de la amistad y la sangre. ¿Conocéis cómo se practica? ¿Sabéis lo que significa? ¿Todo lo que alcanza?

Desde el Báltico hasta los Urales, desde el mar Blanco al mar Negro, existen numerosas prácticas y ritos de honda tradición secular, con sabores nostálgicos de viejas leyendas. Pues bien, a todo lo largo de los pueblos que abraza el Volga con su larga cabellera, existen la tradición de la hermandad del batelero.

Dos hombres quieren sellar su amistad para toda la vida; Hay otro que actúa de ritual, pronunciando las palabras de la cruenta ceremonia, al tiempo que va incisando con un cuchillo la palma de la mano derecha de cada uno, hasta que la sangre brota ligeramente abundante. Entonces el ritual une las manos de los futuros hermanos, hasta que las sangres quedan mezcladas en una misma fortaleza, en una misma debilidad, viviendo juntas en un mismo latido, acopladas durante momentos en un mismo destino vital.

Esta noche de San Juan se ceremoniará el rito de los bateleros, esos hombres sombríos, pacientes y melancólicos que caminan a todo lo largo del anchuroso río con sus barcazas enormes, nutriéndose del agua verdosa del Volga, viviendo sus cálidos remansos, sus saltos impetuosos, su ironía, su grandeza, su debilidad, su dulzura, su patetismo, su hermosura, su penetrante fiereza. El los ha creado a fuerza de infundirles su espíritu, los ha hecho como él, irónicos, grandes, débiles, suaves, patéticos, fieros...

Ivan Lekoff y Rima Andrevitch están un poco separados de los demás, con los ojos fijos en los preparativos de la ceremonia. Se unirá la sangre nerviosa - como la de un caballo de raza - potente - como la de un macho joven - sabia - como la de un árbol centenario - de Ivan Lekoff, con la fluida, rebosante y generosa de Rima Andrevitch. La una, noble como un rey desterrado, la otra noble como un patricio antiguo. Ambos se han acercado al viejo Keline, imperturbables.

Los ojos de Keline Boranoff tienen una alta serenidad. Los vapores del vodka han huído de él. Su voz es solemne y ritual :

- Yo, Keline Boranoff, hijo de Víctor Boranoff y de Katia Máslova, descendiente directo de Simón Kamenev y de Andrei Legodoff, invoco en esta noche de buena voluntad la protección de nuestro Dios cristiano y la alta maternidad de Nuestra Señora de Kazan, para unir a estos hombres en la vieja ley de la sangre, para que sean hermanos en la paz y en la guerra, repartan juntos el pan y la sal y no den cabida al odio en su corazón mientras les dure esta vida y más allá en el sagrado misterio de la otra.

Cogel el cuchillo mientras Ivan Lekoff y Rima Andrevitch extienden las manos. Va practicando las incisiones hasta que la sangre va brotando, primero, lenta, luego, generosamente. Luego junta las manos. La sangre se está mezclando,viva y pujante. Los rostros de los hermanos están cubiertos de sudor, mientras sus ojos están mirando la unión de sus sangres. Luego,elritual separa las manos, mientras musita una corta oración.

Luba Dubroska venda las heridas que los ha unido para toda la vida en la amistad del batelero.

- Ya somos hermanos de sangre, Ivan - dice Rima - la nuestra ha corrido junta hasta la tierra. - Señala unas gotas que como pequeños rubíes se perfilan sobre la negra tierra de Kieria.

- Sí, Rima Andrevtch - dice el viejo Keline con voz sentenciosa - vuestro destino no podrá cruzarse nunca ya dentro de esta vida.

- Esta unión debe durar también engarzada dentro de la otra - dice Ivan Lekoff mientras Luba Dubroska termina de vendarle - Ahora bebamos y alegrémonos cantando juntos todos la canción del batelero.

- Sí - grita Loriga Feyra - bebamos hasta acabar con el vodka, comamos hasta acabar el pan y la carne y luego durmamos hasta acabar con el sueño.

- Bien hablado, padrecito - dice Mirka Dimitrieva, que ha empinado generosamente - Tienes un pico de oro. Vamos a brindar por los dos, por Luba, por Iván, por Rima también, por la felicidad de todos los aquí reunidos.

- Sí, sí, bebamos - dicen todos.

- Hay que cantar la canción. Forma parte del ritual - dice el viejo Keline - Yo llevaré el compás.

- Sí, sí, Keline Boranoff - regocíjase Andreitch Kamenev - tú eres sabio en estas cosas. Adelante.

Se unen las voces finas y penetrantes de las mujeres con las graves y pastosas de los hombres. En la noche cálida y susurrante las voces, hálitos estremecidos de dicha y nostalgia, van trazando segmentos de amor y de unidad a través de toda la ensenada, se enroscan suavemente a los árboles, extienden su candor de hielo hasta las lejanas estrellas.

En las horas de máximo peligro, cuando las barcazas amenazan zozobrar ante la furia del río, cuando ya ha sido hecho todo lo posible y sólo cabe la pasividad y la oración, este canto, viril y melancólico, sosiego profundo de la raza, es izado como una bandera contra el huracán. Los hombres se agarran a él como a su última esperanza, cuando ese animal

fiero que llaman el miedo se agarra como un pulpo hambriento a los pechos helados de los hombres del río. Su forma es rapsódica, carece de epopeya, pero la majestuosa sonoridad de los versos, enraizados en nebulosas de leyenda, le confiere un alto rango de calidad humana y de sencillez hermosa.

Todos terminan de cantar. Loriga Feyra grita:

- Mirad, mirad, Acerquémonos a la hoguera. Está empezando el baile anual.

Los grupos diseminados por la explanada han ido centrándose alrededor de la hoguera. Todos los hombres y mujeres jóvenes danzarán unidos de la mano, formando un ancho círculo ciñendo el fuego. Reir, cantar, es la noche de San Juan.

- Vamos, vamos - empuja Loriga Feyra - hay que entrar a formar parte. Se están dando ya los primeros compases.

- ¿Quién, padrecito? - responde el viejo Keline, - tú y yo no estamos ya para este jaleo. ¿Es que piensas encontrar novia esta noche?

- Naturalmente. Ja, ja. Ya lo creo, Kelinito. Tú también. ¿Cómo no? ¿Qué te figurabas? ¿Que te ibas a quedar fuera como si fueras un viejo? Todavía no has cumplido los ochenta años.

Todos ríen. Loriga Feyra, optimista tras las prolongadas libaciones, arrastra al viejo Keline al círculo de la hoguera, venciendo su tenaz resistencia y dando colosales traspiés.

- Vamos, todos, amigos - ríe Luba Dubroska - es preciso bailar. Agarra de una mano a Ivan Lekoff, con la otra a Rima Andrevitch.

Todos los danzarines están ya preparados en torno al fuego, que los ilumina trazando un sólido aguafuerte con sus llamas multicolores y poderosas. Todos son hombres y mujeres jóvenes porque para formar parte de la danza hay que ser incansable. También están allí Loriga Feyra y el viejo Keline Boranoff.

Rima Andrevitch, diestramente, ha interpuesto una muchacha entre él y Luba Dubroska, que está unida a Ivan Lekoff.

- ¿Recueras, Ivan? - dice ella con su voz melada - Hace muchos años que no estás en la noche de San Juan.

- Sí, todo esto es hermoso - la voz de él es nostálgica.

- El año pasado bailé junto a Rima Andrevitch. Te recordé. Tú eras uno de nuestros incansables.

- Este año bailarás junto a mí- dice él, acariciándola con la mirada, poderosa.

- Sí, estaremos juntos. Pero por poco tiempo.

- Hay que pensar sólo en el presente - ríe él.

Luego el rostro se ensombrece.

¡Luba!

¿Qué?

Te he recordado siempre.

Yo también. Siempre, Ivan - Hay en ella una mirada profunda, los ojos levemente empañados.

El pope, Alexis Petrovitch, da la señal. Todos se agarran fuertemente y empiezan a moverse, primero despacio, acelerando luego lentamente el ritmo, al compás de las balalaikas de Goro Neklindoff y Bromo Krensnoff.

Hay una comunidad establecida entre todos los habitantes de la meseta. Los danzarines están unidos en su anillo por una hermandad armoniosa y sencilla, alta y vital.

¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! - grita un viejo borracho que está junto a las balalaikas - Esta noche es noche de baile. Hay que hacer más que todos los años.

Con el vaso de vodka en la mano, se frenetizan sus ojos iluminados y empieza a danzar solo, animándolo todo con sus gritos.

¡Baregá! ¡Baregá! ¡Baregá! - enronquece - La ra, ra, ra, ri, ra. Es-

ta noche... ¡Nitchevó!

La danza sigue cada vez a un ritmo más acelerado. El tiempo va mordiendo lenta e inexorablemente las horas. Como una máquina incontenible, de funcionamiento sin límites, se va engullendo los minutos, las horas... Una rama finísima de viento acaricia la espesura de los árboles. La música penetra dulcemente en los cuerpos fatigados, mientras se acelera el ritmo de la sangre, que habla de belleza y de amor.

Poco a poco van desertando del anillo de fuego los que están demasiado fatigados para seguir. Van dejándose caer, riendo y ahogándose, animando a gritos a los otros. Hay algunos que son incansables. Tienen piernas de hierro y firme resistencia en los pulmones.

La danza continúa con su ritmo alocado, frenético, de dedicación absoluta. Ya sólo quedan una docena de jóvenes de los cuarenta que iniciaron el anillo, apenas los suficientes para darse la mano rodeando la hoguera, que los domina con su todopoderosa magnificencia.

Luba Dubroska e Ivan Lekoff continúan en el anillo. Rima Andrevitch se ha retirado ya. También Loriga Feyra y el viejo Keline cayeron a las primeras vueltas.

El círculo alrededor del fuego se romperá pronto. Quedan demasiado pocos para poder abrazar la hoguera, porque hay que estar muy cerca de ella. Los reflejos cárdenos de las llamas trazan sombras multiformes sobre las caras sudorosas de los últimos que van quedando.

- Adelante, muchachos - grita Ivan - Henos aquí los últimos. Seremos pronto señores del fuego. Estamos llegando a los diez, el número fijado para poder deshacer el círculo. Sólo hay que eliminar a dos. Más aprisa, vamos. Sólo sobran dos.

- Sí, sí - corea Luba - más aprisa, más.

El anillo vuelve a moverse con mayor rapidez. Ya se perfilan los que van a caer. Una pareja que primero da un ligero traspiés, luego se para

un momento y, finalmente, riendo y casi cayéndose de fatiga, se detienen de una vez, separándose del grupo.

- Bravo - grita un joven junto a Luba - Ya hemos quedado los justos. Las últimas vueltas.

Después de tenerel número preciso de danzantes, el círculo ha de dar aun tres vueltas, ya a un ritmo pausado.

- Una - grita Luba.

- Dos - corea Ivan.

- Tres - repite Luba. El grupo ha llegado a su límite. Al de sus fuerzas y al del término previsto.

Granges gritos saludan a los vencedores, ya descuidados y tirados sobre la hierba, en el mismo lugar que pararon. Todos se acercan gritando y riendo. Son los señores del fuego. Tendrán ese hombre durante todo el año, hasta la próxima hoguera de San Juan. Les dan a beber el alegre vodka que ya ha corrido abundantemente esta noche, pero están demasiado cansados aun para beber.

- Brindemos en soledad - habla Ivan

- Sí, es lo mejor - replica Luba, mirándolo con sus ojos brillantes y puros. Toman cada uno su vaso y cogidos de las manos, se alejan del grupo.

En el lugar donde comienza el bosque de Kieria, bordeando la gran llanura, hay un roble centenario, veterano del contorno. Su tronco apenas podrán abarcarlo tres hombres unidos de la mano. Tiene una savia poderosa. Al pie de él se dejan caer Luba e Ivan.

¡Oh, qué cansada estoy! No daría una vuelta más por nada del mundo.

¿Por nada del mundo? - la mira con malicia y ternura.

- Contigo, sí. Todas las que quieras. ¿Vamos?

¡Oh, no! - ríe él.- Aquí estamos demasiado bien para movernos.

Coge una mano de ella entre las suyas.

- Tus manos son hermosas, Luba.

¿Nada más que las manos?

- Ja, ja. Tus manos, tu cara, tus cabellos, tus hombros, tus brazos, toda tú. - Hay un brillo sensual en los ~~mirada~~ ojos del hombre, mientras la va detallando ~~con la mirada~~ agudamente.

La mirada franca y confiada de la mujer se posa en los ojos del hombre, apagando la sensualidad latente en ellos. El rostro viril tiene unas sombras.

¡Luba! - hay una pausa en la voz susurrante e intensa - Te quiero.

- Yo también te quiero - dice ella simplemente - Siempre te he querido.

Ella, confiadamente, se acurruca a él. El le pasa los brazos alrededor de los hombros, con un ademán protector. Las caras están unidas. Sus labios acarician suavemente los cabellos sedosos de Luba.

¿Te marcharás pronto? - la voz de ella está quebrada.

- Al amanecer. Es preciso volver a Kersoff.

- El amanecer está lejos aun.

- Sí - ironiza suavemente él - muy lejos. Es necesario vivir profundamente hasta que salga el sol.

¿Vivir?

- Vivir. Amar... Amar siempre.

- Yo te amo, Ivan.

- Yo te amo, Luba.

Los labios se unen. Las manos se estrechan. La sombra centenaria del roble cobija la sombra misteriosa del amor. Susurra entre sus hojas la armonía perenne del acoplamiento universal, la maravillosa simpatía del cosmos radiante, la sencillez única de un amor alto y magistral.

......

Han transcurrido veinticuatro horas. Ivan Lekoff se ha marchado a Kersoff en su barca de batelero. Luba Dubroska ha quedado en el pueblo de Kieria. Sola, ardiente de esperanza, poseída su carne bajo el imperio del hom-

bre. Amar. Vivir. Vivir. Amar. ¿No son dos verbos maravillosos? Yo amo, tú amas, él ama. Yo amo, luego yo vivo. Yo vivo, luego yo amo. Amar. Vivir. También existe un verbo en voz pasiva. Yo soy amada. Tú eres amado. El es amado. ¿Qué es mejor? ¿Amar, vivir, ser amada? ¡Oh, los tres, los tres, siempre los tres!

......

Ivan Lekoff sigue triunfando. Ha publicado con gran éxito una nueva obra, "Neurosis de la sexualidad en relación con el arte". Ha tenido primero una tirada de 10.000 ejemplares. A los tres meses ha sido necesario volverlo a imprimir. Tiene apasionados detractores y ardientes partidarios. Las columnas de la prensa soportan agrias polémicas en torno a la obra. El libro es interesante, complejo y vital - afirman unos. Este libro ha surgido de la cabeza de un esquizofrénico - dicen otros. Las avanzadas teorías del profesor Lekoff han provocado hondo revuelo en las aulas universitarias, en los medios científicos, en el mundo del arte. Uno de los capítulos básicos de la obra está dedicado a lo que pasó aquella noche de San Juan. Concebido desde un punto de vista traspersonal, saca brillantes deducciones, haciendo gala de un profundo conocimiento de la mecánica sexual y del sexualismo psíquico, mediante un apasionado análisis de aquellos momentos intensamente vividos por Ivan Lekoff.

......

Va transcurriendo el tiempo, cáncer hambriento de nosotros mismos. El tiempo, solidez inmaterial, es una cadena insondable que ciñe todo nuestro cuerpo y, amoroso, primero lo hace crecer, luego, terrible, lo hace madurar, más tarde, implacable, lo hace envejecer.

Luba Dubroska ama a Ivan Lekoff. Le ha consagrado en aquella noche todo lo que ella era, el sacrificio de los que soñaba ser. Ama Ivan Lekoff a Luba Dubroska? ¿Siente por ella el apasionado amor de ella hacia él? He

aquí un misterio sólido de descifrar, cuyo enigma permanece vigorosamente latente para el profesor Lekoff. En esas naturalezas cerebrales, grandes espíritus de frías capacidades mentales, el amor no hace mellas profundas, como no sea un altísimo amor consagrado ya de antiguo a un culto artístico de temple superior. En ellos el espíritu está completamente desligado de la carne, forma con ella un todo aparte de todas las cosas, cumpliendo una durísima tarea. Cuando llega la hora de domar a la carne, aparece el espíritu, ejerciendo, monarca absoluto e inexorable, una tiranía inmolatoria sobre el cuerpo. Es necesario no tener piedad del cuerpo. Hay que ejercer con él la más formidable presión, colocarlo en el potro de la ciencia o del arte, sacrificarlo, inmolarlo, endurecerlo, carecer de piedad, aunque ese sufrimiento sea el propio sufrimiento, la propia carne, el misterio celoso de los sacrificios antiguos. Como en una pira antigua, es preciso coger el cuerpo, ejerciendo sobre él un poder absoluto y dominarlo hasta que la última fibra responda como un solo miembro, unida en su recóndita internidad a todas las vísceras del cuerpo. Hay que inmolarlo hasta el máximo, para con su obediencia absoluta, hacer triunfar al espíritu. Día tras día, hora tras hora, minuto a minuto, es brutalmente necesario disciplinarlo, endurecerlo, sostener con él una lucha en la que debe ser inevitablemente vencido. El triunfo del espíritu está por encima de todo. El espíritu, teniendo entonces tan sumiso aliado, podrá ejercer su absoluta potestad espiritual. Y el cuerpo tendrá entonces su patetismo, se habrá sublimado hasta ser un poco de espíritu, sin dejar de tener su insoslayable esencia de materia. Y así domina el espíritu a la carne, la voluntad absoluta al sacrificio absoluto. La perenne idealidad triunfa sobre la materia. Además, es necesario que sea aceptada por el cuerpo esa interna energía, que como una potencia dinámica de cabrias innumerables, nutre a toda la carne con su vigor intensísimo, su profundidad cínica y su orgullo inmenso de asceta.

A veces, el cuerpo, dominado y esclavizado, tiene sus rebeliones. Busca su interna comodidad, su mejor escaño dentro de los placeres de la vida. Va odiando al espíritu, que lo empuja y lo obliga tan despiadamente a trabajar, a luchar, a no hacer un alto en el camino, a actuar siempre de vanguardista en las luchas terribles por la aprehensión de la belleza.

Porque la aprehensión de la belleza es terrible. No deja punto de reposo al cerebro. Este se ve obligado a estar trabajando continuamente, como si fuera un corazón al que la supresión de su funcionamiento durante momentos le arrebatase la existencia. La mente, inconsciente, acumula y observa. Luego, en los templos misteriosos del cuerpo, empieza a actuar el espíritu, eliminando, seleccionando, destruyendo todo lo inútil. A continuación, la masa seleccionada se traslada al cuerpo, que es quien ha de realizarla físicamente. El espíritu crea la belleza, pero tiene que contar con el cuerpo, que es quien, movido por aquél como el motor por la dinamo, llega a crear, a infundir belleza al arcano misterioso de la vida.

.....

Universidad de Kersoff. El profesor Lekoff, con su cartera y su andar rápido y seguro, atraviesa el patio Central. Buenos días, profesor - saludan los alumnos que encuentra a su paso. Buenos días, - dice él con un leve movimiento de cabeza.

Son las once de la mañana de un soleado día otoñal. La mañana, clara y fría, se ha volcado por encima de la luz, dándole unas nostálgicas sombras en las esquinas. Ivan Lekoff traspone la puerta de la Universidad y se encuentra en la calle Lendowsky. Es una calle tranquila y señorial. Sus casas altas y macizas le dan una apariencia de poder inconmvible. Kersoff, a doscientos cincuenta kilómetros de Moscú, domina con su potencialidad comercial y financiera un área extensa que va desde el Nieder a las montañas Karsenka, desde las riberas del Dauro hasta las altiplanicies de Karine. Situada sobre una meseta de escasa altura, sus edificios, en los

que predomina el color de los castillos medievales, dan la impresión de fortalezas almenadas, dispuestas siempre para una agresión contra el contorno que las rodea. El Palacio de Justicia yergue su mole inmensa en la Plaza Standowsky, dominando con los ojos innumerables de sus ventanas el tráfago que corre a sus pies, una oleada de estudiantes, hombres de negocios, curtidos labriegos que han venido hoy a la ciudad, muchachas de finas siluetas y alegría incitante, niños que juegan entre los verdosos jardines de la Plaza. Enfrente de ella se encuentra la Universidad, sombría testa de color pizarra por donde han desfilado los mejores cerebros de la nación. Tiene una sólida fama. Haberse graduado en ella equivale a un timbre de honor. Ser profesor en ella es una de las supremas aspiraciones del alumnado.

- Señor Lekoff - le interrumpe Pedro Rimonsky, un estudiante de débil constitución y sólida cultura. Tiene los cabellos pajizos, la tez muy pálida, los ojos negrísimos. Los cabellos de un nórdico, los ojos de un italiano, la color sin potencia. Se expresa con cierta cuidadosa precisión, que envuelve algo de pedantería.

- ¿Qué hay, Rimonsky? - Hay un brillo apreciativo en los ojos de Lekoff

- Deseaba darle las gracias por lo extremadamente amable que ha sido al explicar por enésima vez el mecanismo funcional de las arterias cerebrales

!Bah! - sonríe ligeramente Lekoff - no ha sido molestia alguna. Para mí ha sido un placer encontrar estuadiantes tan bien preparados como usted. No es muy frecuente que digamos. Existe entusiasmo, es cierto, pero casi nunca va acompañado de una buena preparación.

- Tengo grandes deseos de saber, profesor. Creo que el campo de la psicología es tan vasto que puede admitir nuevos adeptos.

- El campo de la psicología es infinito y requiere de continuo nuevos reclutas que tengan fiebre de exploración. Usted puede ser uno de los vanguardistas del grupo que se ha de formar a iniciativa mía. Es necesario investigar las relaciones entre la integridad de nuestra memoria y la aprehen-

sión que de las cosas hace el inconsciente.'

- Me agradará infinito que cuente usted con mi pobre ayuda - dice Rimonsky con los ojos ardientes de entuasiasmo - Será un placer profundísimo dedicarme a fondo a ello. Cuente usted conmigo para todo.

- Son necesarias todas las colaboraciones en esta cruzada sin término que vamos a emprender. Cuento con su ayuda. Adiós, señor Rimonsky. Ha sido un placer hablar con usted.

- Lo mismo digo, señor profesor. Perdone que le haya entretenido.

- No, esto forma parte de mi deber y de mi trabajo. Buenos días.

- Buenos días, señor Lekoff.

El profesor atraviesa la plaza Lendowsky, sigue la extensa calle que lleva el mismo nombre y se interna en los jardines de las Krisálidas, Sus pasos suenan sobre la grava como una promesa de creación. La rama de un rosal muestra su riqueza roja a la cálida exuberancia otoñal. Más adelante, ya dentro del bosquecillo que continúa a los jardines, un roble, señor de las Krisálidas, muestra su potencia fecunda de generador poderoso. Un roble. Bajo un roble con Luba Dubroska. Los ojos firmes de Lekoff se suavizan a la nostalgia de aquella noche de Kieria. Han perdido su vigor matemático para encalidecerse y hacerse levemente soñadores. Un vago suspiro brota de la boca ascética.

Atraviesa la última avenida de los jardines y entra en la calle Príncipe Real. En el número ocho de esta calle vive el profesor Lekoff. Una casa de regular apariencia, de una sola planta, con un genuino tradicionalismo en la fachada de fuerza desunida.

Traspone la verja del jardín, amplio y sensual, casi un bosque en su ardiente floración genesíaca, como si viviera siempre una eterna primavera en un eterno crecimiento. Los grandes secoyas de blanca simiente, los olorosos naranjos de fruta dulce y perfumada, los rigorosos olores del ardor sexual de todas las rosas, las petunias, los rododendros, las

bayas druposas, los fuertes blesontes, el alma cálida del jardín fecundado.

Ivan lo contempla todo con sus diarios ojos de enamorado. Es un amante de su jardín. Es su reposo de paz y su vigor de creación. Mira la casa, majestad fría del jardín. Recuerda la antigua buhardilla donde empezó a escribir su primer libro, el mismo año de graduarse. Hace ya de esto tantos años. Pocos años antes venido de Kieria, cuando el tiempo no había agotado aun los años primeros de la juventud. Con una vivísima prestancia en la mirada, comiendo escasamente siempre, levantándose exageradamente temprano en las mañanas ardientes del verano, en las mañanas gélidas de invierno.

El profesor Lekoff sigue hasta la casa. Hay un suspiro en la boca ligeramente cansada. Introduce un llavín en la cerradura y penetra en la casa.

Hay algo perturbador en la casa de Ivan Lekoff. Como si hubiese algo de más y algo de menos también. Una fuerza de amor falta allí. Sobra el brillo de la mansión, limpia, fría, exageradamente magistral.

A su encuentro sale María Dimitrievna, la vieja sirvienta que le ha acompañado todos estos últimos años. Maria Dimitrievna tiene la estatura mediana, los cabellos grises, los ojos azules y dulces, el andar juvenil

En la fría sombra del vestíbulo, Ivan le entrega su sombrero y su abrigo.

- Señor, tiene usted una visita.

¿Quién?

Una mujer.

¿Una mujer? ¿La conoces?

No, no es una de las estudiantes. Es joven y hermosa. No me ha querido decir su nmobre.

Una gota de asombro brilla en los ojos del profesor. Luego tiene una

sonrisa, mezcla de dolor y de dureza.

¿Dónde está?

- La hice pasar al salón azul. Lleva una hora esperándole.

Ivan Lekoff se dirige hacia allá. Una colgadura que aparta con la mano al entrar, le hace ver a Luba Dubroska.

Los ojos puros y fríos de Luba enfrentan la mirada de Ivan. Está de pie, detrás del sofá en el centro de la habitación. Aparece exquisitamente contrastada con el hombre que la mira. Como una joya dentro de otra, la habitación, severa y delicada a la par, alberga la hermosura helada de la mujer. - A su derecha, sobre una pequeña consola, la estatua de una mujer desnuda.

¡Luba! - Hay un brillo emocionado en la voz varonil.

- He venido porque voy a tener un hijo - La voz de ella es fría, rica, musical, como una gema costosa.

La habitación parece cargada de una substancia indefinible, como si una marea de asfixia fuese a ahogarlos.

- Siéntate, Luba. Hace tiempo que no nos hemos visto.

- Cinco meses y catorce días.

- Cinco meses y catorce días. Demasiado tiempo.

- Infinito - El calor de la palabra contrsta con la frialdad de la voz El hombre va hacia la ventana, haciendo que la potente luz del día ilumine todos los rincones de la habitación. La mujer, estatua vestida junto a la estatua desnuda, queda iluminada.

Hay unas leves ojeras en torno de los ojos fríos y cansados, que fueron tan ardientes y luminosos. Hay una laxitud en cada miembro de la mujer que hace pensar que toda ella estuviese formada de ternuras, si no fuese por la mirada levemente vaga, agudamente impersonal.

Los ojos de Ivan Lekoff la detallan rápidamente con su hábito profundo de escrutar personas y cosas. El también ha cambiado. Cierta fatiga se insinúa en las comisuras de los labios tenaces, unas arrugas de

preocupación circundan las cejas pobladas, una leve sombra de cansancio nubla los ojos sagaces.

- Sabía que vendrías. Sabía que aquella noche sería fructífera.

- Yo también lo esperaba. También esperaba algo más.

- Sabes que mi vida es una dedicación absoluta a la ciencia. Tengo que crear en radical soledad. Mi unión con una mujer sería pálida, infecunda.

- Aquella noche estabas hermoso. Tus palabras tenían belleza.

- No puedo prometerte nada. - Hay una sombra de hielo en la voz viril.

La mujer se deja caer sobre el sofá, con la cara entre las manos, herida y aterrada. El pone una mano sobre su hombro, como si quisiera transmitirle el hielo doloroso de su fuerza.

- Aquello pasó. Nuestro hijo vivirá junto a tí.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? - La mujer está desgarrada, poseída de una desesperación sin entrañas - ¿Por qué no puedo ser tu mujer? ¿Por qué he de vivir sola, helada, sin amor?

- Es imposible, Luba.

La mujer está convulsa por el llanto. El hombre se ha sentado junto a ella. Le da su pañuelo. Coge una mano de ella con una tierna presión.

- Hace tiempo que estoy herido. He consultado a los mejores especialistas. Sólo me quedan cinco meses de vida. Hay un cáncer que constantemente me roe los pulmones. Todas las fuerzas que me quedan tengo que dedicarlas a mi trabajo, a encontrar cosas nuevas en el camino que llevo emprendido.

Un livor de asombro ha despertado en los ojos de Luba. Oculta su cara en el pecho de Ivan. El la ciñe tiernamente entre sus brazos. Ella habla, como una niña desvalida.

- Yo quiero estar contigo. Cuando tú mueras, yo moriré también.

- Vamos, vamos, eres una chiquilla - le palmea suavemente la espalda. Le alza la cara - Luba. Mi pequeña Luba, que en una noche fué desgraciada.

- No, no, feliz, muy feliz, intensamente, profundamente feliz. H Hay una

maravilla en la voz femenina. Acaricia suavemente la cara del hombre, mirándose profundamente en sus ojos - Ivan, mi Ivan. Mi amor y mi fuerza, mi dueño, mi monarca vencido.

Hay un rictus trágico en la cara cansada del hombre, como un presentimiento de futuros dolores. Ella se abraza más fuertemente a él.

- Te quiero, Ivan. Todas las noches sin dormir, pensando en cuando vendrías. He rezado por tí.

- ¿Por mí? - Hay en la voz de él una turbada ironía. Un pensamiento flagelante de muerte próxima le cruza la frente.

- Sí, es necesario creer. Hay que creer por encima de todo.

- ¿Creer? ¿En qué? Yo creo. Creo en nosotros mismos. En nuestro amor, en nuestra fuerza de vivir, en la fuerza que es necesario para morir.

- ¿Morir? Tú no puedes morir. Tú no morirás - Luba está próxima a la - histeria.

- Ciertamente, no moriré - Hay una ternura sin matices en la voz de él, una ternura total, sin fisuras, sin término, ilimitada.

- Vamos, descansa ahora. Así. Estarás muy cansada.

- Son muchas noches frías, sin tí.

La acaricia. Hace que se tienda en el sofá.

- Ahora me tienes aquí. Volveré enseguida.

Los pasos de Ivan trasponen el salón azul. La figura alta y ascética se acerca a la ventana, la cierra y restablece la penumbra. Luego se vuelve a acercar, coloca un cojín debajo de la cabeza de Luba y la besa en la frente.

Lo ve alejarse. Hay en la mirada de Luba una leve sombra de histeria, una profundidad desgarrada de amor desenterrado.

....

Suena un teléfono en la casa del profesor Lekoff.

- Diga.

¿Profesor Lekoff?

Sí, Diga.

Soy Pedro Rimonsky. ¿Desea usted que vayamos Moren Karnikov y yo a preparar la sesión de hipnotismo de esta tarde?

- Lo siento, Pedro. Pero será preciso demorarla. Ha surgido un imprevisto.

¿Cómo?

- Sí, me es imposible dedicarme esta tarde al experimento.

- Pero... profesor. Todos están avisados.

- Hay que decirles que queda suspendida la sesión hasta mañana a la misma hora. Tengo en casa una persona enferma. No puedo separarme un momento de ella. Mañana habré resuelto lo que he de hacer.

- Muy bien, profesor. Quedamos en que mañana a la misma hora, seis de la tarde, será la sesión.

Exacto. A la seis en punto. Recomiende puntualidad.

- Adiós, profesor. Avisaré a todos.

Adiós, Pedro. Hasta mañana.

Hasta mañana.

....

Aquella noche, torturada, un médico fué a visitar a Luba Dubroska. Cansancio, tensión exagerada. Recomendó tranquilidad. Mañana se encontrará perfectamente - dijo - es fuerte y resiste bien. Ivan durmió aquella noche en la habitación contigua a su dormitorio, donde dormía Luba.

Al día siguiente por la mañana, Maria Dimitrievna llevó el desayuno de Luba. Lúego volvió al comedor, donde estaba desayunando el profesor.

¿Cómo se encuentra esta mañana? - preguntó el.

Bien - respondió Maria Dimitievna - con el descanso que ha tenido ha

mejorado mucho. Quiere levantarse.

- Sí, creo que le conviene salir a pasear un poco por el jardín.

- Va a tener un hijo. Pero es sana y fuerte.

- Es hijo mío también - un vuelo nostálgico cruza la cara del profesor - Fué la noche de San Juan.

Maria Dimitrievna suspira ligeramente y dice :

- La nochde de San Juan. Hace treinta años que no la veo. Es peligrosa para los enamorados.

Sí, es peligrosa. También es maravillosa - susurra Lekoff.

- Maravillosa y fecunda - un iris de malicia brilla en los ojos alegres de la vieja sirvienta.

- Tienes razón. Voy a verla.

Luba Dubroska está ordenando sus cabellos frente a un espejo ovalado que hay en el gran dormitorio, sencillo y severo al mismo tiempo. Escasos muebles, todos necesarios. Tres cuadros de pintura holandesa, una reproducción en miniatura del "El pensador" de Rodin, sobre una consola. La cabeza de un lobo de bronce saliendo de la pared.

Ella se vuelve. La besa en la frente.

- Buenos días, Luba.

- Buenos días, Ivan.

- ¿Cómo te encuentras?

- Mejor. Mucho mejor. He pasado una noche feliz, pensando que estaba a tu lado.

- ¿A mi lado? Sí,muy cerca.

- Me bastaba saber que podía andar unos cuantos pasos y encontrarte. Y besarte.

¡Luba! Las manos de él aprietan los hombros de ella con un gesto posesivo Las dos caras se unen en el espejo.

El la besa suavemente en el cuello. Luego se alza y dice :

- Esta tarde tengo una experiencia a realizar. Una sesión de hipnotismo. Puede resultar de ella algo nuevo y definitivo para unos estuidos que estoy realizando. Vendrán aquí seis de mis alumnos y alumnas. Maria Gronchenko actuará de medium.

- ¿Quíen es Maria Gronchenko?

Es la hija del Síndico Mayor, Djalma Gronchenko. Tiene una gran facilidad para entrar en trance. Es también muy resistente. Se necesita ser fuerte y tener buenos nervios. A pesar de todo, es agotador.

- ¿Es difícil la experiencia?

- Bastante. Requiere además una cuidadosa preparación de todos los detalles. Un solo fallo puede dar al traste con todo lo realizado. La medium deberá estar sometido al estado de trance durante dos horas. Naturalmente, con intervalos.

- Me gustaría asistir. Debe ser muy interesante. ¿Puedo hacerlo?

- Me parece prematuro. No estás aun muy fuerte.

- Sí, me encuentro bien.

- Como quieras. Te mantendrás a un lado. En total seremos diez personas en la habitación. Cuatro alumnos, dos alumnas, Pedro Rimonsky, Moren Karnikov, que ayudarán a la preparación de la sesión, tú y yo, que la dirigiré. Actuará por primera vez de hipnotizador Pedro Rimonsky. Confío en él. Tiene dotes especiales para ello. En la primera sesión que realiza un hipnotizador aun no tiene perfectamente concentrada su voluntad y su poder de hipnotismo en un solo punto. Por lo tanto, la fuerza que emana de él, está dispersa y no es suficiente para dormir al paciente de una manera total, impidiéndole la doble vista. Yo creo que Pedro saldrá airoso del empeño, porque tiene una fuerza hipnótica que dosifica cuidadosamente, empleándola siempre como y cuando conviene.

- ¿Qué pretendes demostrar?

- Antes quiero conocer la fuerza hipnótica de cada uno de los asistentes, para que me puedan sustituir en un momento dado. Luego quiero demostrar que la doble vista que da la hipnosis al paciente, es ilimitada en cuanto al tiempo y al espacio. Si puede retroceder indefinidamente en el pasado y puede atravesar impunemente el espacio por extenso que sea.

- Caminas osadamente por la novedad - hay un brillo admirativo en los ojos de ella.

- Es completamente necesario. La ciencia no puede estancarse. Sería la muerte de sí misma. Hay que consagrarle todas nuestras energías - La ausencia de énfasis en la voz del profesor da al brillo fanático de sus ojos una fuerza inexorable.

....

La sesión de hipnotismo empezará a las seis de la tarde en la sala grande de la casa del profesor Lekoff. A las cuatro llegaron Pedro Rimonsky y Moren Karnikov a prepararlo todo, bajo la dirección de Ivan Lekoff. Durará aproximadamente cuatro horas, con descanso de media hora cada dos, lo que hace durar la sesión alrededor de cinco horas.

Van entrando los alumnos que han de presenciar la sesión, juntamente con la paciente, Maria Gronchenko. En la sala, amplia, se forma un semicírculo bastante abierto en torno a la mesa del profesor, con amplio espacio hasta llegar a ella.

Moren Karnikov los ha ido introduciendo recoméndándoles absoluto silencio. Cada uno lleva sus libros de apuntes. La habitación está sumida en una ligera penumbra. Ya están todos reunidos, cerrada la puerta de entrada. A la derecha de la mesa del profesor, aun vacía, está Pedro Rimonsky sentado en una silla. A su lado, detrás de un gramófono, se encuentra Moren Karnikov. Para ambientar la sesión, es necesario un poco de música previa. Hay que llegar a la total concentración de todos los presentes, especialmente del hipnotizador y de la hipnotizada.

Moren Karnikov sale por una puerta lateral a avisar al profesor. Una música suave va aquietando la nerviosidad de los presentes. Entra Lekoff acompañado de Luba. Esta se dirige a una silla a la izquierda de la mesa, algo separada de ésta, también algo distantes del semicírculo de curiosas cabezas que la contemplan. El profesor, ante la mesa, de pie, empieza a hablar pausada y cuidadosamente.

- Señores, en este nuevo experimento, vamos a tratar de conocer la fuerza hipnótica de cada uno de ustedes. Naturalmente, esto se prolongará a través de varias sesiones. En las que llevamos realizadas, han podido apreciar perfectamente el acto de hipnosis,por el cual la paciente goza de doble vista, que le permite conocer el pasado y aquellas cosas que están sucediendo a distancia. Es decir, que posee la facultad de atravesar el tiempo y el espacio. Han realizado ustedes progresivos ejercicios de concentración de voluntad, para mediante esa unión de la energía dispersa por todo el individuo, poder hipntoizar a la vidente. Se requieren pausados y prolongados ejercicios para llegar a una compenetración absoluta con el paciente. Hoy vamos a realizar una prueba, durante la cual he de recomendar absoluto silencio. Bajo mi dirección, actuará de hipnotizador Pedro Rimonsky. Como quiera que se trata de una experiencia sumamente difícil para él, ya que actúa como tal por primera vez, estimaré de ustedes la supresión de todo ruido, a fin de que pueda dar doble vista a la paciente en esta su primera tentativa. Como sabrán,esta experiencia suele fracasar casi siempre cuando el hipnotizador la realiza por primera vez, generalmente por falta de concentración y dispersión indebida de energías mentales. Sin embargo, creo que Pedro podrá salir airoso de esta prueba, pues conozco su capacidad. Una vez advertidos, vamos a empezar.

Un murmullo de aquiescencia contesta a las palabras del profesor.

Sr. Rimonsky - sigue diciendo - Haga el favor de coger su sillón y sentarse en él frente al sitio que ha de ocupar la vidente. Permanezca así du-

rante veinte minutos en completa concentración de su voluntad.

- Vamos a restablecer las condiciones luminosas de la sesión anterior dice dirigiéndose a los asistentes.

Karnikov baja totalemte las persianas, que dejan ahora filtrar levísimos rayos de luz. Enciende una luz rojiza, que da a la habitación un aspecto irreal y vagamente atormentado. Luego coloca el sillón que ha de ocupar Maria Gronchenko a la derecha de la mesa del profesor, casi inmediato a ella.

- Vamos, Maria - indica suavemente el profesor.

La vidente sale del semicírculo y se aproxima. Es de estatura mediana. Sus ojos negros son profundos y suaves. La boca delinea un gesto de ternura. Sus cabellos, partidos en dos bandas, caen sobre los hombros, con una activa armonía en la negra seducción de su brillo. Viste un traje de moaré gris con incrustaciones plateadas, con mangas que le ciñen los blancos brazos por encima del codo. Ocupa el sillón preparado al efecto. Se remueve en él ligeramente inquieta.

El nuevo hipnotizador está sentado frente a ella. Sus ojos negrísimos, ardientes y fijos, caen sobre los de ella, que quedan prendidos en aquellos. El profesor, detrás de la mesa, los observa intensamente. La sala está en completo silencio. A la luz rojiza, todos los rostros parecen reflejar las llamaradas de un incendio. Los estudiantes, sometidos a la presión formidable de lo desconocido, aguardan expectantes. [illegible]

Karnikov coloca un disco en el gramófono. Hay que reabajar la tensión de todos los presentes, mediantes una música lenta, insistente, monótona. De otra forma, esa tensión acumulada, como una dinamo demasiado cargada, podría influir sobre los dos agentes principales, hipnotizador e hipnotizada.

La música es como un sorprendente personaje súbitamente introducido

en la habitación. No parece inmaterial su presencia, sino sólida, tangible, creadora, palpable.

Trancurren unos minutos. Los ojos del hipnotizador siguen clavados sobre la paciente. Las últimas vueltas del disco gramofónico dejan oir sus suaves compases, hasta quedar prendidos en el aire denso de la habitación como algo definitivamente sobrenatural.

- Bien, Rimonsky - dice persuasivamente el profesor - Ha transcurrido el tiempo suficiente para llegar a su completa unión con la paciente. Inclínese ahora hacia adelante y coja entre sus manos las de ella. Manténgalas apretadas entre las suyas. Ahora piense lo siguiente : Voy a hipntizar a la vidente... Voy a hipnotizar a la vidente... Voy a hipnotizar a la vidente. Repita esto muchas veces mentalmente. De una forma lenta y sugeridora, de manera que automáticamente se vaya infiltrando en su cerebro.

Rimonsky mueve ligeramente los labios, concentrándose hasta el máximo en lo que está diciendo, Su cara, rojiza a los cárdenos reflejos de la luz, refleja una expresión atormentada, como si lo estuvieran sometiendo a un procedimiento de tortura especial.

Rimonsky - instruye el profesor - ahora va usted a levantarse, soltando las manos de la paciente. Extenderá usted las suyas en la misma forma en que me ha visto hacerlo a mí para el momento de hipnotizar. Siga pensando en que ha de dormir a la vidente. Como verá, se encuentra completamente a su merced. Por medio de la concentración, ella ha autoeliminado su voluntad. Se encuentra en las mejores condiciones para ser sometida a su influencia. Usted ha de pensar : Duerme... duerme... duerme. Lentamente, intensamente. Luego, dígalo cuatro o cinco veces. Ha de decirlo suave, pero firmemente, persuasivamente. Ponga en su mirada todo el vigor de su pensamiento, toda su fuerza mental, toda la convicción que usted tiene de que ha ser hipnotizada inexorablemente.

Los ojos negrísimos de Rimonsky miran fijamente a Maria Gronchenko. Parece anidar en ellos una fuerza dispersa, un poco caótica. Poco a poco, esa fuerza parece ir concentrándose en un solo punto, que se dirige como una sonda, a la paciente, casi atravesándole en el vigor de la punción mental que está realizando.

La vidente se mueve, ligeramente inquieta. Los ojos cerrados, por un movimiento inconsciente, parece querer rechazar la fuerza del hipnotizador

- No, no - se la oye murmurar, haciendo con la cabeza un gesto negativo

- Sí - dice el hipnotizador extendiendo las manos a la altura de sus ojos. Empieza a hablar lentamente, muy lentamente, con una voz tremendamente persuasiva, con egregias modulaciones.

- Vamos, Maria... Duerme... duerme... Es preciso dormir... - La voz se hace más intensa y perentoria, sin dejar por ello su suave módulo - Dormir,,, Dormir siempre... siempre.

La paciente se va aquietando. Poco a poco se va agitando de nuevo, queriendo luchar contra la fuerza que la domina. Una levísima espuma le asoma a los labios. Se retuerce las manos. Luego, se va tranquilizando paulatinamente. La espuma deja de aparecer en sus labios. Su cara refleja un contenido sufrimiento. Las manos se han quedado inmóviles, laxas por completo. Karnikov se acerca a ella y delicadamente, le pasa un pañuelo por el rostro.

La mirada sombría de Rimonsky se acentúa sobre la vidente.

- Sí, sí - susurra ésta, vencida.

- ¿Ves, ves? ¿Qué es lo que ves? - pregunta el hipnotizador con su voz profunda e intensa.

- Veo esta habitación. Todos los que estamos aquí reunidos.

- Tu pensamiento debe salir de esta habitación.

- No puedo - la vidente se retuerce sobre sí misma - No puedo. Tiene un gesto de angustia suprema entre los labios. Su cara indica la lucha

interna que está sosteniendo.

- Vamos, es preciso, es preciso salir - ordena el hipnotizador. Con las manos extendidas hasta casi tocar a la paciente, le envía fuerza a través de sus manos sensitivas - Es preciso salir.

- Ya, ya - gime ella con un gesto de vencimiento - puedo salir.

Bien, Maria, muy bien - dice animadamente el maestro de hipnosis - debes seguir adelante, atravesar todas las habitaciones hasta llegar a la puerta de entrada de la casa.

Sí... sí... es necesario.

Adelante, pues. Una vez allí, debes trasponerla, hasta encontrar en el jardín. Debes avanzar por él hasta la verja de entrada.

Transcurre una pausa dolorosa. La paciente se ha detenido. Se agita en su sillón. Gotas de sudor le perlan la frente. Parece luchar contra un enemigo invisisble. Todos los presentes tienen la máxima tensión. Los ojos de Rimonsky la miran obsesos. Su boca se contrae. Un gemido sale de ella. El hipnotizador acentúa la presión, extendiendo sus manos sobre los cabellos de Maria. Ella se estremece ligeramente, como si estuviese recibiendo descargas eléctricas. Retira sus manos de la cabeza de ella con suavidad y lentitud. Maria parece tranquilizarse un momento, como si hubiesen retirado de ella la presión a que la tenían sometida. Se relaja toda. Pero el hipnotizador es inexorable.

- Vamos, duerme - la voz es penetrante como una aguja.

La paciente vuelve a agitarse. Sus manos se retuercen, mientras un temblor convulsivo se inicia en todos sus miembros. Una espuma lívida le asoma a los labios.

- No, puedo - dice angustiosamente - no puedo.

El maestro de hipnosis se retira dos pasos de Maria y con un gesto de anulación la va descargando de la fuerza acumulada sobre ella. Luego dice con voz penetrante y dulce.

- Descansa... descansa...

María se va tranquilizando gradualmente. Su agitación va desapareciendo. Deja de brotar el sudor de su frente. El temblor de sus miembros ya no existe. La espuma finísima que brota de sus labios deja de acudir a ellos. Una enorme laxitud desciende sobre ella. Echa completamente su cabeza hacia atrás y entra en un reparador sueño hipnótico. Karnikov vuelve a pasarle el pañuelo por el rostro fatigado.

Todos los asistentes han contemplado ala experiencia con enorme expectación. Rimonsky baja las manos y se retira. Un rictus de enorme fatiga le enmarca la cara. Se deja caer, agotado sobre una silla. Todos se encuentran sometidos a una gran tensión que progresivamente va disminuyendo. Nadie se mueve. Es necesario descansar durante media hora sin alterar ninguna de las condiciones establecidas para la sesión. La luz rojiza ilumina con su fantástica luz todos los detalles. La muchacha descansando sobre el sillón, con un gesto de agotamiento entre los labios, - mientras sigue suminda en el reparador sueño hipnótico. Pedro Rimonsky está agotado también a fuerza de tensión. Tiene unas grandes ojeras alrededor de los ojos cerrados. El profesor, detrás de su mesa, parece un ídolo indio iluminado por los reflejos de un incendio que sus adoradores hubiesen creado en su honor. Luba lo ha contemplado todo con curiosidad infinita, queriendo penetrar todo el misterio y el sacrificio de la ciencia. Una luz parece haber ido encendiéndose en su cerebro durante el desarrollo de la sesión de hipntismo, con una comprensión de lo que es la ciencia, clave para la comprensión del espíritu de Lekoff.

Todos los demás estudiantes están tomando notas silenciosamente sobre lo que han visto. Luego, al final de la sesión o al día siguiente en la Universidad, habrá ocasión de preguntar.

Los minutos han transcurrido, hambrientos de sí mismos. Los alumnos dejan de tomar notas. Pedro Rimonsky se levanta de su sitio y se

aproxima a Maria Gronchenko. Esta ha reposado completamente, con un descanso absoluto en cada miembro de su cuerpo. Rimonsky se sitúa frente a ella. Sus ojos se concentran fuertemente sobre la paciente. Unos segundos. Más... Un minuto... Más... Dos minutos... Un silencio cargado de tensión va invadiendo la sala, como una marea irrefrenable. Todas las respiraciones están contenidas al máximo.

El hipnotizador extiende las manos. Empieza a hablar pausada y convictivamente.

- Maria, ya está bien. Ya has descansado lo suficiente para poder continuar. Ahora es preciso dormir... dormir...

Sus dulces ojos sombríos se vuelven potentes y ardientes. Las manos se estremecen al posar los cabellos de la vidente. Esta se mueve ligeramente, saliendo del descanso hipnótico en que estaba sumergida. Sus manos se agitan en un gesto de impotencia contra la fuerza que la domina. Luego se inmovilizan, mientras va entrando en el sueño hipnótico. El descanso le ha dado fuerzas mentales y la ha predispuesto más fácilmente a la hipnosis

Rimonsky repite las palabras rituales con su voz rica y profunda.

- Duerme... duerme... Es preciso dormir...

Con un leve movimiento afirmativo, Maria asiente a las órdenes del hipnotizador. - Sí, sí, - susurra.

- Debes salir de la habitación - dice el maestro con su voz intensa.

- Sí... - hay una pausa breve - me encuentro ya fuera de ella.

- Sigue. Debes seguir. Adelante.

La vidente asiente penosamente, como si se esforzase en la comprensión de un pensamiento demasiado difícil, y lo fuese asimilando progresivamente, de una manera lentísima.

- Voy hacia adelante - parece querer seguir con su cuerpo la trayectoria dada a su espíritu por el poder del hipnotizador - me encuentro ya en la puerta de entrada. La atravieso y sigo. Voy entrando en el jardín.

- Bien, María, muy bien. Hay que seguir atravesando el jardín - anima el hipnotizador - Adelante.

Sí, sí. Continúo por él. Voy llegando a la verja del final.

Trasponla. Debes haberlo. Puedes hacerlo. - Hay una crispación de mando doloroso fluyendo de todo el cuerpo de Rimonsky.

Sigue una pausa de silencio. La vidente, con las manos agarrotadas en torno de los brazos del sillón, está completamente traspuesta, siguiendo puntualmente las órdenes emanadas de la fuerza invisible que la está avasallando totalmente.

- Adelante, adelante - sigue ordenando la fuerza invisible.

Sí - responde lejanamente ella - sigo avanzando. Voy ya por la calle - Príncipe Real.

- Debes llegar al Jardín de las Krisálidas. Te estás acercando a él.

- Aun no lo veo... Sí... Ya distingo su masa de verdor. Ya notó el olor verde de los árboles y las plantas.

- Tienes que cruzarlo y llegar al puente.

- Acabo de terminar el jardín. Ya percibo el murmullo del agua. Me voy acercando al puente.

- Ahora deberás torcer por la primera calle a la derecha.

- Debo torcer por la primera calle a la derecha - repite las palabras del hipnotizador, como si su fuerza activa se hubiese consumido. Está haciendo esfuerzos sobrehumanos. Finas gotas de sudor le cubren la frente. Sus ojos cerrados tienen unas grandes ojeras de cansancio, toda ella está extenuada de fatiga.

- Sí, debo continuar por la primera calle a la derecha - sigue repitiendo, completamente dominada - hay que llegar a la casa de Pedro Rimonsky.

- Justo. Tú sabes donde es. Tienes que subir por una escalera y penetrar en las habitaciones.- Hay resplandores de triunfo en la cara fatigada del hipnotizador.

- Ya puedo... - Hay una nota de descanso en la voz de la vidente - He subido las escaleras. Me encuentro delante de la puerta de entrada.

- Bien... continúa...

- He pasado la puerta de entrada.

- Dime lo que ves.

- Estoy atravesando un corredor. Me detengo delante de la sala de estar. La puerta está abierta y... entro en ella.

- ¿Quién hay allí?

- Hay únicamente una persona. Klara, la madre de Pedro.

- Muy bien. ¿Qué está haciendo?

- Está sentada en una silla. Tiene un albúm de fotografías entre las manos. Lo está hojeando. Es un albúm que refleja toda su vida. Su niñez, su juventud, su matrimonio, su vida después de casada.

- Bien, muy bien... continúa...

La vidente está al límite de sus fuerzas. Las gotas de sudor sobre su frente se han espesado. Se agita en el sillón, traspasada por todas las flechas del cansancio. Se retuerce las manos en la lucha interna que está librando.

- Vamos, Maria... Un poco más - susurra el maestro.

- No puedo... no puedo más...

- Sí, sí... un poco más - le responde obsesivamente el hipnotizador.

- Un poco más... un poco más... - se detiene volviendo a coger el hilo de su visión - Sigue hojeando el albúm. Está mirando la fotografía de un joven vestido de soldado. Es Boris, el hermano mayor de Pedro. Murió en la pasada guerra. Ella está emocionada.

- Bien... Maria... Muy bien...

- Ya no puedo más. Las figuras se me pierden - se agota la vidente.

- Ya es suficiente. Tenemos una prueba confrontable.

El hipntizador da dos pasos atrás, returando lentamente sus manos de la

paciente. Sigue retirándose, al tiempo que va bajando las manos y se va apagando el fuego de sus ojos sombríos.

La paciente está completamente agotada tras la larga sesión.

- Vamos, María - dice persuasivamente el hipnotizador - despierta... despierta... Es preciso despertar.

- Sí, sí - asiente la paciente. La tensión que la domina, al conjuro de la voz de Rimonsky, se va rebajando progresivamente. Se deja caer con una enorme laxitud sobre el respaldo del sillón que ocupa. Poco, a poco, una serenidad la va invadiendo.

Rimonsky se apoya sobre la mesa del profesor. Le susurra:

- No la despierte, Pedro - Ahora se irá calmando y pasará dentro de breves momentos del sueño hipnótico al sueño natural. Reparará por completo sus energías. Ha sido un éxito ~~completo~~ total.

- Así lo creo, profesor - responde Rimonsky con su cuidada voz. Luego se aparta de la mesa y se deja caer completamente extenuado sobre un sillón, mientras se limpia el sudor que le corre abundantemente por el rostro.

Karnikov apaga la luz rojiza que se ha utilizado en la sesión y enciende la luz blanca, que ilumina cegadoramente la habitación. Todos parpadean, deslumbrados.

- Ha estado usted,maravilloso, Pedro - dice entusiásticamente el profesor acercándose a éste y estrechándole las manos - confiaba mucho en usted, pero no creía que puediese sacar tan bien el experimento.

- Ha sido tremendamente difícil, es verdad - asiente Pedro - pero tenía la suficiente confianza en mis fuerzas para salir airoso de la prueba. Creo que ha sido demasiado cruel para ella.

- Ha llegado al límite de sus fuerzas. Está completamente agotada. Pero el sueño hipnótico la repondrá mucho. Cuando haya extenuado la fuerza hipnótica entrará en el sueño normal que le será también completamente be-

neficioso para reponerla totalmente.

Todos los demás estudiantes se han acercado a felicitar a Pedro, comentando su actuación. En torno de éste se forma un semicírculo. El profesor ruega hablen en voz baja para no molestar a María Gronchenko, que duerme profundamente. Luba se ha acercado a ella y con su pequeño pañuelo le limpia el sudor que le corre aun por la frente. Luego, con ese gesto maternal que tienen siempre las mujeres por jóvenes que sean, le acaricia el hermoso rostro. Como si aun perdurase su anterior videncia, que le hace conocer cuanto ocurre a su alrededor, Maria tiene entre sueños una xxxxxxxxxfxx xxx leve insinuación de sonrisa, como si agradeciese íntimamente aquella ternura.

- Bien, señores - dice fatigadamente el profesor - esta sesión ha llegado al término previsto. Ha tenido un completo éxito por el que he felicitado ampliamente a nuestro querido Pedro. Ustedes habrán hecho las oportunas observaciones que comentaremos en clase el próximo día. Aquí permanecerá Maria descansando una hora más, tiempo suficiente para reponerse. Luego, Pedro la acompañará a su casa. Pueden ustedes retirarse.

Los estudiantes, con la tensión sufrida ya relajada del rostro, después de las cuatro horas que ha durado la sesión con un descanso de media hora en vez de la hora habitual, se van retirando, después de saludar al profesor y a Pedro. Hacen una ligera inclinación ante Luba.

Los demás, al quedar solos, se dejan caer sobre sus asientos, tremendamente cansados. Una gran silencio monarquiza la sala. Van transcurriendo los minutos. Reposo, quietud, piden los cuerpos extenuados.

Karnikov, que ha permanecido discretamente al fondo, abre los ventanales haciendo que penetre en la habitación el aire frío de la noche, que se adensa en ella por los grandes cuadrantes negros con gotitas estrelladas en su superficie. Apaga la potente luz blanca y enciende una sola

lámpara que ilumina débilmente la habitación, proyectando sobre todas las cosas susreflejos azulados. Las sombras alargadas que se forman en torno a ellas le dan una apariencia de vigorosa realidad espectral,con una dulzura silente que desciende sobre los cuerpos laxos de los allí reunidos.

....

El invierno ha alcanzado a Kersoff, extendiendo sobre sus edificios y jardines su fría piel de oso blanco. La ciudad, como si huyese de la cálida amenzaza de un incendio, se ha cubierto con el casco cristalino de la nieve. Sus calles, sobre las que sigue insistiendo la nevada, están completamente resbaladizas. La Universidad, en la plaza Lendowsky, semeja un gigantesco guerrero que se hubiese tendido sobre la tierra tras una fatigosa jornada, y al que sus enemigos hubiesen ido aprisionando lentamente con grandes brazaletes blancos de una longitud interminable.

La casa del profesor Lekoff, en la calle Príncipe Real, con su techumbre completamente cubierta por la nieve, proyecta su gélida sombra sobre el helado jardín. Los árboles, con su pelado tronco expuesto a la cruda intemperie invernal, sienten el frío sibilante en su savia amodorrada. Los rosales, yertos esqueletos de la primavera, desnudan al aire su finas ramas erizadas. Lo que fué ardiente floración del jardín, siente hoy la palidez de su vida suspendida en el vacío vital del invierno. La muerte temporal de aquella vida tan fecunda y magnífica, realizada por la cruda vitalidad de la nieve, pone una nota de desolación en el paisaje gris de la calle Príncipe Real.

En casa del profesor reina gran actividad. Ivan Lekoff y Luba Dubroska, ayudados por María Dimitrievna, están haciendo sus equipajes. A la entrada del invierno, el profesor ha suspendido clases en la Universidad, a causa de su enfermedad, cada vez más avanzada y apremiante. Una palidez terrosa le acompaña siempre, poniendo ojeras violáceas en torno de sus ojos febriles. Su boca ascética se ha cerrado aún más, con la expresión de una

cuadrada voluntad de estoicismo en los pálidos labios arrogantes.

Ahora se está dedicando a embalar libros, papeles y materiales de laboratorio. Ya está casi todo preparado para la marcha a Crimea.

Bajo el cielo azul de la península meridional, respirando la salud magnífica de su suelo, alojado en una casa de los alrededores de Sebastopol y acompañado de Luba, Ivan Lekoff continuará sus estudios y trabajos y la preparación de un nuevo libro, basado en sus últimas experiencias. Maria Dimitrievna continuará en la casa de Kersoff, esperando la llegada de su señor a la próxima primavera. Ivan Lekoff sabe que no habrá próxima primavera para él. Luba Dubroska lo sabe también.

Los silenciosos preparativos ya están concluyendo. El profesor y Luba se ciñen sus gruesos abrigos de viaje, mientras inspeccionan las maletas para ver si todo se encuentra en orden. Maria Dimitrievna se asoma a la ventana y anuncia la llegada del coche que los ha de transportar a la estación. Tiene un gesto triste y un vago cansancio en su andar. Es la primera vez que en bastantes años se separa de su señor. No sabe que quizá sea también la última. Va a abrir la puerta y ayuda al chófer a transportar el equipaje. Luba e Ivan contemplan silenciosamente a la vieja sirvienta. Cuando vuelve, se quedan frente a ellos en una silenciosa expectación de despedida. Con un ahogo frío en la garganta, el profesor extiende sus manos y las apoya sobre los hombros de Maria, como si quisiera transmitirle algo de su callada fuerza resignada. Ella se yergue un momento y sonríe entre sus ojos nublados. Luba coge una de sus manos y la aprieta entre las suyas.

- Bien, Maria Dimitrievna - dice el profesor con voz velada - hasta pronto. No sé el tiempo que estaré en Sebastopol. Quizá salga de allí para volver aquí. Quizá para ir a otro sitio mejor.

- Adiós, señor. Que su estancia en Sebastopol sea feliz y que no se prolongue mucho.

- Yo también lo espero así. Adiós, Maria Dimitrievna - dice lentamente el profesor saliendo de la casa.

- Adiós, Maria Dimitrievna - la voz de Luba tiene un desgarro de dolor elemental.

- Adiós, señor. Adiós, señorita. Hasta que nos volvamos a ver.

Suben al coche que ha de conducirlos a la estación, que parte enseguida. Las calles, cubiertas por la nieve, van desfilando ante sus ojos, películas rápidas de casas y sucesos. Los ojos del profesor avizoran la mole blanca de la Universidad en su pétrea formación nevada. Son muchos los años que él ha circulado entre sus aulas. Primero como alumno, más tarde, como profesor. El alma se queda enraizada, como una yedra de verdor interminable, entre los muros almenados que dieron calor, corazón y desarrollo a las cabezas juveniles. Esos muros que nos enseñaron a crecer, que acunaron la fría intemporalidad del pensamiento en el cerebro ardiente de nuestros años primeros, que dieron más vigorosas pulsaciones al mágico latir de nuestra vida.

Luba ha seguido la mirada del profesor y lo contempla en su silencioso pensar. El da un suspiro y aparta su mirada de la Universidad. Ella coge entre las suyas una mano de Ivan y la aprieta suavemente un momento. El corresponde a la amada, con una total aceptación sin palabras

El coche se detiene silenciosamente frente al edificio de la estación, postal invernal con sus torres totalmente cubiertas por la nieve, de un aspecto de original irrealidad. Poseen una gélida belleza a la fría pureza de la mañana invernal.

En la gran sala de espera hay solamente una docena de personas, casi todos campesinos de las campiñas circundantes. Faltan escasos minutos para la llegada del tren. Ivan y Luba pasean juntos por la amplia sala, con un silencio vital y comunicativo entre ambos. Luego se aproximan a las grandes ventanas que dejan filtrar el tono grisáceo de la mañana.

Todo se encuentra bajo el puro imperio de la nieve. Esta ha extendido su manto armiñal sobre todo el contorno que abarca la vista. Hay trenes parados sobre las vías muertas de la estación. Sus techos están abrazados por la blancura sólida, insistenteemente maravillosa de la nieve, contrastando con los recién salidos de los talleres-garages, que ofrecen su oscura superficie a la límpida caricia del aire frío. Lentamente, la nieve empieza a cubrirlos con su insistencia perlina, abrazándose, sugeridora, a ellos, como un delicado espectro que descendiendo del cielo, luchase contra la cálida morenez del los rectangulares vagones, Más allá, dentro de los jardines de una casa próxima, los árboles desnudos imaginan hombres petrificados bajo un maldición indecible. El cielo azul pálido tiene el sol engarzado en su centro como una enorme moneda amarilla, enviando su pequeña fuerza al frío reflejo de la nieve.

A través de la ventana, los gentiles copos van cayendo lentamente, como si un reino de estalactitas innumerables hubiese desertado de su imperio sidéreo y quisiera construirse un imperio estalágmico sobre una nueva tierra prometida.

El frío ha disminuído considerablemente, ahora cuando ha empezado a nevar, subiendo ligeramente la temperatura a la llegada de la nieve de su misterioso reino inmaculado.

El silbido del tren anuncia con su perentoria llamada que próximamente hará escala en la estación de Kersoff. Luba e Ivan salen de la sala de espera y avizoran la entrada de la máquina poderosa. A lo lejos, ramal abierto entre la estepa innumerable, aparece la blanca estela del tren con sus vagones armoniosamente ceñidos por la nieve. Sus brotes, saliendo de los techos rectangulares, extienden sus ramas en la parte superior de sus costados y hablan del largo gemido blanco que a lo largo de la llanura interminable, ha sufrido su cristalina belleza a través de la velocidad sin medida.

Todos los futuros viajeros han salido de la sala de espera para presenciar la llegada del tren. Esta entra con su velocidad mutilada y se detiene ruidosamente frente a ellos.

- Kersoff, diez minutos de parada - grita un mozo de estación.

Caras soñolientas asoman los cerrados cristales de las ventanillas. Los vagones calefaccionados se encuentran completamente cerrados para no dejar penetrar el frío del exterior.

Los viajeros van subiendo silenciosamente al tren. Ivan y Luba buscan acomodo en un departamento solitario. En esta época del año los trenes transportan escasos viajeros. Muy diferente del verano, cuando se forman largas ristras de viajeros que van a pasar sus vacaciones a la gentil belleza de la región de Crimea.

El profesor y Luba, estremecidos por el frío, experimentan una agradable reacción al entrar en el vagón, donde se percibe una cálida atmósfera. Van acomodando sus maletas en el enrejado superior del departamento.

Suena el silbido de abandono del tren. Como una serpiente que se despertase de su letargo invernal, se despereza empezando a andar lentamente por la estepa ilimitada. Como un genio asombrado de ojos innumerables en los costados que hubiese de retornar apresuradamente a su guarida, así, el tren, soberano de la estepa, camina sobre las mesetas de Karine bajo la pálida moneda del sol.

Ivan y Luba contemplan la poderosa gestación del invierno en toda su fuerza y su helada potencia genesíaca de creador de blanca belleza. Como una herida sanguínea en la alba superficie, a lo lejos se destaca una casa roja con su techo inmaculado. Más allá, esqueleto sombrío en la llanura sin límites, un pequeño árbol muestra sus ramas desnudas cubiertas por la nieve, como un niño circundado de cadenas interminables.

- ¿Te gusta? - pregunta la voz varonil.

- Sí - asiente con los ojos y los labios, sin que se oiga el sonido -

¿Y a tí? - pregunta.

- Sí, es tan bella esta región. Cada vez la encuentro más bella. El camino desde Kersoff a la región de Crimea es muy hermoso.

- ¿LO has recorrido muchas veces?

- Muchas - contesta él - aunque nunca creí que lo haría como hoy.

- No comprendo.

- Contigo y porque ella está próxima.

- ¿Quién es ella?

- La que nos espera siempre al final.

- La que nos espera siempre - repite resignadamente Luba. Luego tiene un impulso, pasa su brazo en torno a Ivan, abrazándolo a medias. Lo mira profundamente, bebiendo la vida en su mirada. Luego le pregunta, con un jadeo vital en la voz.

- Ivan, ¿me quieres?

- Siempre, nunca habrás podido dudarlo - responde él con su gesto firme y sereno.

-¡Estuve tanto tiempo esperando que volvieras... !

- No podía hacer otra cosa - dice él anegándose en sus ojos mientras le acaricia levemente la cara con un gesto nostálgico y pensativo - sabía ya mi enfermedad y el tiempo que me quedaba aquí. Todo ese tiempo había que utilizarlo hasta el último minuto. Tenía en preparación varios estudios y experiencias que se han ido realizando. Aun me quedan más. Todo hasta el final estaba calculado. No podía acudir a tu lado. No podía llamarte tampoco.

Hay una pausa densa de significaciones. Luego él prosigue con una voz sin inflexiones.

- En este caso yo había de dedicarme a una cosa sola. A tí o a la ciencia Yo tenía en proyecto planes que necesitaban todo mi tiempo disponible. Y me dediqué totalmente a su cumplimiento.

- Esa fué la parte vocacional de tu vida - dice ella reflexivamente - pero ¿y la parte humana?

- No creas que la parte humana, como tú dices, no tuviese importancia. La tenía, y grande. Fué un enemigo contra el que hube de luchar una y otra vez.

- ¿Cómo? ¿En qué forma?

- En la forma tuya, Luba. Te presentabas amí en mis noches de laboratorio y yo te veía igual que aquella noche en Kieria. Tenía que luchar continuamente contra tu continua llamada. Contra tí, contra tu belleza, contra tus queridos labios, contra tus ojos suaves y nobles, contra tus sedosos brazos... contra toda tí...

- Pero triunfaste - hay una nota cansada en ella.

- Sí, triunfé - hay en los ojos viriles una dolorosa aceptación - pero a costa de mí mismo. La evocación de tí era tan intensa, tan viva tu obsesión, que era como tenerte a mi lado, aun sin tenerte. Hasta que pudo más mi voluntad y te fuiste ligeramente de mí. Yo te quería empujar totalmente fuera de mi corazón, sin saber que estabas conmigo siempre, que no podría expulsarte nunca, porque formabas parte de mis sangre, de mis huesos, de mi cerebro, de mi corazón... de mi yo...

El crudo patetismo del hombre viene en la intensidad de la voz y en el brillo opaco de la mirada. Sus gestos han sido normales, sin estridencias.

Luba le mira con una expresión indefinible. Luego coge una mano de él entre las suyas y la sepulta debajo de sus labios. Dice simplemente :- Sigue...

Pero tenía que despejar totalmente mi camino - continúa el hombre - para luchar por lo que yo debía luchar. Mi finalidad es el cumplimiento de la ciencia. Si yo me aparto de él, habré vivido miserablemente.

- Luego vine yo - dice la mujer.

- Sí, luego viniste tú. Traías algo dentro de tí contra lo que yo no podía luchar. Traías una esperanza. Traías también una promesa. Ivan Lekoff tendría un sucesor. Un sucesor que algún día podría continuar la obra emprendida por mí. Yo estaba seguro de que con mi sangre la había transmitido mi vocación por la ciencia.

- Algún día quizá sería famoso como tú - dice ella lentamente.

- No, no, por la fama precisamente no, La fama es simplemente una consecuencia. Cuando se tiene fama, es que se han realizado audaces conquistas en el campo científico. Nunca es gratuita si es auténtica; cuesta mucho conseguirla. Los experimentos para ser admitidos necesitan de numerosas y prolongadas pruebas. Debida en primer término a la lógica aseveración de cada caso y en segundo lugar a la continua fraudulencia que hay dentro de la psicología experimental y la medicina en general.

- ¿Hubiste de hacer muchas experiencias?

- Sí, y una de ellas la presenciaste tú. La hipnosis de Maria Gronchenko. Fué una de las pruebas más duras y difíciles que hubo de soportar, junto con Rimonsky.

- Sí, fué terriblemente dura, casi inhumana.

- Tú lo has dicho. Inhumana. Cuando se dedica uno a la ciencia, hay que ser inhumano con el sufrimiento de algunos y con el propio sufrimiento, para aprender a evitar el ~~sufrimiento~~ de todos los demás. Hay dos alternativas crueles. O el sufrimiento inmenso, innumerable de todos o el sufrimiento callado de unos cuantos designados para esa misión.

- Una elección supone siempre una obligación.

- Así es. Conoces el adagio. Nobleza obliga. Sólo cabe esa obligación a los que son capaces de cumplirla. A los que se sienten vocacionados para ella.

- Son unas cargas terribles - susurra ella - pero sé que son necesaria

Sí - suaviza él su voz enérgica - y esas cargas no se pueden abando-

nar cuando se ha sido designado para ellas por algún poder misterioso agazapado en nuestra sangre. Son pocos los que han de luchar a nuestro lado y son muchos los que esperan. Luchar, luchar siempre por todos y para uno mismo. Es nuestra propia vitalidad la que crece con nuestro trabajo.

- Cuando se está sano.

- Es el tributo que hemos de pagar. La ciencia es un inmenso Moloch que traga constantemente muchas vidas. En su lucha ¡cuántas vidas quedan agotadas! Pero, por otra parte ¡Qué hermoso vencer! ¡Cuántas vidas salvadas! ¡Muchas, incontenibles, innumerables!... Las vidas del Moloch quedan ampliamente superadas.

....

El paisaje se va desenrollando antes los viajeros como una gran película de sinfonía en blanco mayor con una plegada monotonía de acento monocorde. De cuando en cuando, unas casitas pegadas a las vías dan una nota vital al igualado paisaje invernal. Otas veces las casitas están esparcidas por la llanura inmensa, semejando botones incrustados en una manto de armiño.

Una sutil serpiente de frío se cuela por las rendijas ventanales. Luba se acurruca junto a Ivan en un estremeciento. Siguen solos en el departamento. En las contadas estaciones que se han sucedido, breves paradas en la ruta hacia el Sur, han entrado escasos viajeros.

El ritmo isócrono del tren va adormeciendo a Luba. Junto a Ivan, con sus cabellos rozándole la cara, lleva la cabeza reclinada en su hombro. La mirada de Ivan se pierde en el paisaje monótono, que parece reflejarse en sus ojos cansados. Un ligero dolor se le insinúa en el costado como una sanguijuela. El lo sabe. Lo sabe hace bastante tiempo. Tiene tasados los días para lo que ha de realizar. En el equipaje lleva todo lo necesario

para seguir haciendo prácticas en la casa de Crimea, alquilada desde Kersoff. La contrató mediante una simple fotografía. No esperaba que le desilusionase. Tampoco llevaba mucha ilusión a ella. Si hubiera ido solo allí habría llevado un amargo regusto de soledad, dolorosamente voluptuoso, que ahora ha sido atenuado por Luba. La mira. Tiene los ojos cerrados, con las largas pestañas batiéndole en sombra los párpados. Está pálida, con unos cercos violáceos en torno de los ojos, con un gesto de cansancio en la boca de suave belleza. Son muchos días de tensión junto a él, contagiada de su fiebre de superación. Las manos de ella sobre su regazo son grandes, blancas y bien formadas. Su cuerpo es firme y elástico, con un leve abultamiento debajo de los senos, promesa de lo que ha de venir. El posa sus labios sobre sus cabellos próximos con una ternura contenida.

Es ya mediodía. El tren anuncia suentrada en una estación próxima. En el confín lejano se divisa Wiasman, con las torretas de sus iglesias internándose en el cielo y la apagada sinfonía de las casas aplastda contra el suelo. Ya se va perfilando la techumbre férrea de la estación y la delicada fuerza de los edificios que la circundan, de un estilo sobrio y depurado. El tren taladra con su sirena el aire silbante, mientras se aminora su velocidad al entrar en la estación.

Luba abre los ojos y mira curiosamente por la ventanilla. Un edificio grande, con enormes carteles de cine en las paredes.

- Media hora de parada - grita un mozo de estación.

- ¿Vamos? - susurra Ivan - Habrá que almorzar. Iremos al restaurante de la estación.

Ambos se bajan del coche con las piernas entumecidas. Un soplo de frío les acoge. Avanzan hasta trsponer la puerta de entrada después de la cual hay un gran patio. Un mozo de estación les interroga :

- ¿Restaurante, señor? Por aquí, por favor.

Una sala grande con pequeñas mesas ungidas de albos manteles y

cómodas sillas. Al fondo, tras el mostrador, un hombre obeso les saluda obsequiosamente. A la derecha, la única persona que está allí comiendo. Un hombre de mediana edad y ojos saltones de color azulenco, con cierto porte militar en la exagerada cruadratura de los hombros.

El mozo los conduce al otro extremo de sala, donde toman asiento. El hombretón de porte militar los observa. De pronto, se quita la servilleta del cuello, se levanta y se dirige hacia ellos.

- Permítanme la libertad de presentarme, señores - empieza tranquila y cuidadosamente - Creo que son ustedes vijeros en el tren que nos conduce a Crimea. Como es la primera vez que voy a Sebastopol, ignoro las facilidades que podrá ~~encontrar~~ tener una persona al llegar por primera vez allí para encontrar alojamiento. Pensé que si no estaban en las mismas condiciones que yo, podrían informarme sobre eso. Soy el coronel Boris Leprovna, en viaje de vacaciones a Sebastopol.

El coronel queda expectante. Ivan estrecha su mano y ofrece :

- Siéntese, coronel. Soy Ivan Lekoff, profesor de la Universidad de Kersoff - Presenta : Mi esposa, Luba Dubroska - Luba asiente con una leve inclinación a la profunda inclinación del coronel.

Este toma asiento. Luego va diciendo :

- Sabía quienes eran ustedes. He visto su foto muchas veces en los periódicos. Sé que ha abandonado provisionalmente su puesto en la Universidad por motivos de salud. Espero que será cosa pasajera.

- Es una cosa que naturalmente pasará - replica Ivan. Luego, dirigiéndose al camarero - Haga el favro de traer aquí el cubierto del señor - Se dirige al conronel con un breve gesto de excusa - El tren ha de salir en breve y hemos de aprovechar los minutos.

Terminan de comer silenciosamente. El tren rompe la ecuanimidad del espacio con su grito de marcha. El coronel, con un amplio gesto marcial, llama al mozo y abona el importe total de la cuenta, adelantándose el

ademán de protesta del profesor.

- Nada, nada, somos amigos - dice con un gesto que acaba toda discusión.

El tren está a punto de marchar. Suben los tres al departamento que estuvo ocupado por Luba e Ivan, acomodándose en él al tiempo que arranca el tren con un último silbido.

El coronel saca una enorme petaca y ofrece de ella a Ivan, que rehusa. Luego extrae de la profundidad de sus bolsillos una descomunal pipa de madera que se apresura a llenar cuidadosamente hasta los bordes, y empieza a extraer de ella sendas bocanadas de humo.

-Perdone - se dirige a Luba - ¿le molesta que fume?

¡Oh, no, en absoluto! - replica ésta con su gesto gentil.

- Gracias - agradece el coronel. Luego carraspea ligeramente como para entrar en materia - Señor Lekoff, desde que le ví subir al tren, tuve la intención de trabar conocimiento con usted y su señora, naturalmente. Es un caso que a mi parvo entender entra dentro del campo de la psicología práctica que usted estudiaba en una de sus últimas conferencias en Kersof. Ocurrió hará ahora un año a un amigo mío. A nadie lo he referido. Supongo le extrañará que sin conocernos, deposite una total confianza en ustedes para contarles el caso. Pero en primer término, usted no es un desconocido para mí. Y su señora esposa- aquí hace una profunda reverencia - estando tan unida a usted, es como si fuera usted mismo. En fin, vamos al grano. El caso no ofrece gran trascendencia, pero lo creo de interés por las extraordinarias circunstancias que rodearon el hecho. Es el siguiente.

Luba y el profesor escuchan con profunda atención la disertación. Este le anima con un amplio gesto de comprensión.

- Estaba yo limpiando mi revólver en mi cuarto del Hotel Imperial, donde siempre me hospedo cuando voy a Kiev en vacaciones, cuando Mirka, mi compañero de armas y querido Mirka, entró en él. Ustedes probablemente no conocerán a Mirka Bradechensky, aunque es bastante conocido en los medios militares rusos. El querido Mirka tendrá alrededor de treinta y dos años,

es alto, atlético, sentimental y soñador. Se enamora con una facilidad impresionante y llora como un becerro cuando se separa de su amante. Todo lo que les cuente a ustedes de él es nada ¿ comprenden? Nada. No lo entenderían aunque lo trataran cien años.

Hace una pausa para fumar apresuradamente durante unos momentos. El profesor y Luba siguen con renovado interés su charla pintoresca.

- Unicamente - prosigue - yo le conozco como si fuera su madre y su padre en una pieza. Un día vino a verme con la pretensión de que estaba enamorado de una mujer.Perdone, señora, lo que voy a añadir - se dirige a Luba - pero para la perfecta comprensión del caso - repetiré lo que dije en aquella ocasión. !Bah, le dije, tú estás loco! Habiendo tan buen vodka en la santa Rusia, no sé como te preocupas de las mujeres. Las mujeres son buenas para el matrimonio y para el placer, pero no para preocuparse por ellas. Pero él no quiso oir hablar nada acerca de ello. Se había enamorado de una camarera del Narojin Hotel y dijo que no pararía hasta conseguirla. Y bien, Mirka, ¿qué has hecho? ¿qué vay a hacer? me contestó. La he visto, la he hablado, me ha mirado con unos ojos soles y me ha dicho sencillamente que estaba comprometida. ¿Con que compromisos a mí? añadió fanfarronamente, a Mirka Bradechensky, el predilecto de las mujeres. Enseguida le espeté las razones por las que había de dejar a aquella mujer que despreciaba el amor de un hombre tan arrogante y tan maquiaveludo. Estas razones no le hicieron el más mínimo efecto. ¿Comprendes, Boris?, me dijo, yo no puedo dejar a esa mujer "estoy enamorado de ella". Nunca lo había visto tan serio cuando se le pasó el arrebato aquel. La manera de recalcar aquella frase era nueva para mí. ¡Bah, respondí llenando mi vaso de vodka, ninguna mujer merece tanta preocupación! En realidad también yo estaba preocupado aunque aparentaba lo contrario, porque a pesar del tiempo que conocía a **Mirka** nunca lo había visto, primero tan exaltado y luego tan serio. !Oh, Boris - siguió diciendo con la mayor seriedad del mundo - tú no la conoces! Esta es la úl-

tima mujer de mi vida. Si me acepta, me casaré con ella. !Mirka, por Dios, - le dije - No digas esas cosas. Esto pasará, como tantas cosas en el mundo han pasado. No pasará - dijo melancólicamente. Luego se hizo todo mieles para describírmela. ¿Sabes, Boris? - me contó - a pesar de ser una camarera, se ve que es una auténtica señora. Es delicada, amable, gentil, me ha dado unas calabazas tan delicadas, con una sonrisa tan suave y triste, que tengo que seguir amándola por encima de todo. !Tonterías, tonterías! refunfuñé yo. Una mujer como tantas otras, como hay cien mil, doscientas mil, un millón. No, Boris - me dijo con una expresión como nunca le había visto - esta es muy diferente. Estoy dispuesto a casarme con ella si consigo que rompa su compromiso y me acepte. Entonces ví que la cosa iba en serio y que Mirka, conozco lo tozudo que es, haría lo imposible por conseguirla. ¿Qué hacer entonces? Mirka era capaz de cometer una locura en el estado en que se hallaba, si era rechazado nuevamente. Entre dos males, había que elegir el menor. Reflexioné. Había que ver a aquella mujer. Me precio de psicólogo y creí que hablando con ella podría conocer su punto vulnerable para convencerla de que aceptara a mi amigo. No era un papel muy airoso que digamos el que me tocaba desempeñar, pero por un amigo como él era y o capaz de todo, lo bueno y lo malo. Le dije que me aguardase, le pedí el nombre de la mujer , me encasqueté el abrigo sobre el uniforme, le encargué que me esperase que iba en busca de noticias y me marché a ver la susodicha señorita. Vivía en el mismo hotel donde estaba de camarera. Cuando llegué allí no estaba de servicio. Pero se encontraba en su habitación disponiéndose a salir. Me recibió con una fría cortesía aguardando le expusiera el objeto de mi visita. Me presenté enseguida y me invitó a pasar. Observé la cuidada simetría de la habitación y una exquisitez en los menores detalles que me agradó mucho. Yo siempre sigo ese sistema. Observo el ambiente en que se mueven las personas en primer término y luego las observo a ellas. Creo que es la manera de no engañarse, porque la persona puede

ocultrse a primera vista totalmente, pero las huellas que deja sobre las cosas que la rodean, está tangible. La primera impresión, ya digo, fué agradable. En un rápido flash, parecía una de tantas muchachas como hay en el mundo. Pero había algo allí que llamaba la atención. Un brillo sutil en la mirada, una serena perspicacia que se transparentaba en la agudeza con que fijaba su vista, una fría euritmia en toda su persona, como una proyección de serenidad sobre todo su contorno. Comprendí que había tropezado con una mujer realmente interesante, de las que no se dan de buenas a primeras. Tenía algo indefinible, algo que se siente, que no se puede expresar con palabras, algo que la situaba lejos de todas las demás, como si Dios le hubiese puesto una señal sobre la frente para diferenciarla. Físicamente, distaba de ser una belleza, tenía simplemente un poderoso atractivo inconsciente. Era mediana de estatura, casi alta. La piel de una blancura mate, casi cérea. La cara de regulares facciones, con los pómulos ligeramente pronunciados, la nariz más bien ancha, los ojos de un color azul oscurísimo, profundos y fríos. Unos ojos, pensé, en los que cabía encontrar todo. La pureza de una vestal, el cinismo de una prostituta. Tan cambiantes era. Esta es la impresión que iba sacando a medida que iba hablanco con ella. Le expuse el caso con los mayores miramientos posibles. Ella no parecía sorprendida del papel que yo voluntariamente me había asignado. Al parecer, lo encontraba muy natural. Me escuchó hasta el final sin pestañear, sin una sonrisa, con una expresión lejana e indefinible, como si la cosa n o fuera con ella. Como si le estuviese hablando de una persona completamente desconocida para ella, como si no fuera ella misma una de las partes interesadas en el caso. Yo estaba sentado en un sofá frente a ella, sentada frente a mí en el borde de una silla con una expresión impersonal en la cara que la hacía parecer una estatua, si no fuera por el brillo peculiar de sus ojos, perdidos en algo lejano que yo no sabía definir. Cuan-

do terminé de hablar, dijo: Su amigo Mirka se ha equivocado por completo, yo nunca podré ser ni su mujer ni su amante. Ya veo que es usted demasiado complicada para Mirka - suspiré, porque desde el primer momento había visto el fracaso de mi gestión. - Quizá sea eso - respondió - pero lo cierto es que su amigo y yo pertenecemos a escalas vitales diferentes. No me refiero a categorías externas, como son las sociales, sino a otras más radicales. Hemos nacido constituídos de una manera completamente opuesta. Por lo tanto, en ningún momento podremos llegar a unirnos. No porque yo sea una mujer casada, aunque separada de mi marido. Señora - la interrumpí - cuando se ha llegado como yo a una cierta altura de la vida, se tiene otro diferente punto de vista sobre todas las cosas, una mayor comprensión para todo. Se llega a un punto práctico que podría parecernos inadmisible en nuestra juventud. Acusan a algunos de cínicos porque ven las cosas como realmente son, cuando en realidad si se toman las cosas excesivamente como deberían ser, resultaría terriblemente difícil y duro vivir. - Me escuchó pacientemente hasta el final. Luego tuvo una sonrisa alegre y contestó: - No me ha comprendido usted en absoluto. Si yo amase a su amigo, nada del mundo tendría importancia. He significado que no podría contraer matrimonio, porque al parecer era esa la pretensión de Mirka. Pero no me importaría ser su amante, es más, lo desearía toda entera, si fuese el hombre de mi vida. Pero si no es así, me es completamente indiferente. - ¿Comprende usted lo que significa esto, profesor? Una mujer que dice semejante cosa a un hombre, es una mujer de temple superior. Además, dijo esto con voz tranquila, como si fuese cosa pensada de siempre, como si hubiera tomado carne en ella desde su misma raíz de mujer. Me convencí completamente de que mi amigo Mirka se había equivocado de puerta, llamando a una que nunca le abrirían. Con que me puse en pie ante aquella mujer, le hice una profunda reverencia y me marché. Ella me acompañó gentilmente hasta la puerta, donde con una leve inclinación, la cerró. Yo me encontré en la ca-

lle con la papeleta más difícil que se le puede dar a un amigo. Una papeleta fácil de omprender para mí, pero que conociendo a Mirka sabía lo difícil que sería hacérsela entender. Yo, al fin y al cabo, lo veía claramente. Un caso de incompatibilidad entre un hombre vulgar y una mujer que no lo era. Una mujer superior que no podía ceder a los deseos de un hombre vulgar como Mirka. Yo esperaba que a éste se le pasase pronto, a aunque íntimamente desconfiaba de ello. Sabía lo tozudo que era. Cuando él no tropezaba con ninguna dificultad, todo iba como la seda. Olvidaba enseguida y no había nadie en el mundo que le hiciese volver a una mujer que hubiese abandonado. Simplemente, ni se acordaba ni quería acordarse. Pero cuando había obstáculos que vencer, nadie ~~había~~ era tan obstinado como él. Ponía en juego toda clase de recursos, aun los más atrevidos y peligrosos, que ya le había costado lo suyo en más de una ocasión. A veces una oleada de sentido común le invadía, y se reía alegremente, olvidándolo todo y pensando que no todo en este mundo se puede conseguir. Pero en aquella ocasión, como yo esperaba y temía, todo fué diferente. Cuando llegué a casa, me lo encontré esperándome. Me miró a los ojos y lo comprendió todo. Sentado en el sofá como estaba, se puso en pie de un salto. Le conté todo lo que había pasado, sin omitir nada. Quería desilusionarle por completo para que abandonase aquel asunto, que estaba resultando ya demasiado engorroso. Se sentó de nuevo en el sofá y me escuchó sin interrumpirme, contra su costumbre. No pestañeó una sola vez. Cuando hube terminado, se volvió a levantar, se ciñó el cinturón sin decir una sola palabra y se marchó. No intenté detenerle. Sabía que era mejor dejarlo solo en aquella ocasión, porque lo conocía bien. Probablemente se emborracharía, empezando a beber firme y terriblemente desde por la mañana hasta por la noche. Esto duraría tres días. Al cuarto se levantaría igual que antes de conocer a aquella mujer. Pero todas mis previsiones fallaron. Aquella mujer debía haberlo vuelto medio loco. Pasé dos semanas sin verlo

Sus compañeros de cuartel me dijeron que na había ido por allí en todo ese tiempo. Al fin, apareció por mi casa. Estaba palidísimo, con una demacración terrible y una ojeras enormes. Los ojos febriles y la barba azuleándole en las mejillas recién afeitadas, le daban un aspecto de aparecido, como si viniera de conocer algo ignorado y terrible o se hubiese asomado a un mundo de salvajismo desconocido y de belleza demoníaca. Le pregunté donde había estado y me contestó con una obscenidad. Luego se fué al sofá de mi habitación y se quedó dormido como un tronco, como si no lo hubiera hecho durante todo el tiempo en que estuvo ausente. Yo estaba demasiado alegre por su vuelta para reprocharle nada. Cuando despertó, al cabo de veinticuatro horas, se sentó en el sofá y se puso a contemplar el vacío con una mirada que nunca le había visto. Un dolor mudo y sordo parecía haberle agarrotado el cerebro. Indudablemente. aquella mujer le había vuelto el seso. Yo me senté a su lado y traté de hacerle hablar y consolarle. Pero él me miró como si no me reconociese y dijo suavemente : - Déjame, Boris, por favor - Nunca pude saber qué había ocurrido en aquellas dos semanas, dónde había estado y qué había hecho. Al día siguiente, pidió su traslado y se marchó a Sebastopol, adonde ahora voy a visitarlo. De cuando en cuando nos cruzamos cartas, pero ya no es el mismo alegre Mirka de antes. Hace seis meses que estuvo en Kiev y fué a visitarme. Se le han vuelto los ojos profundos y las ojeras que los rodean no desaparecen ya nunca. Muy rara vez se emborracha, pero cuando lo hace los deja a todos tumbados. Bebe más que dos de nosotros y tengo la impresión de que no se emborracha nunca. No le ha desaparecido de los ojos la expresión que le conocí por primera vez aquella noche en Kiev, cuando volvió. Aquella mujer había cambiado hasta las mismas raíces de su ser. Alguien me dijo que los había visto juntos una vez durante el tiempo en que desapareció. Yo creo que aquella mujer era una de esas misteriosas cristuras

que pasan una vez por nuestra vida y nos hacen entrever el misterio indescifrable de aquellas cosas que están más lejos del alcance de nuestra comprensión de humanos. Solamente la ví una vez, pero la recuerdo como si la estuviera viendo a cada instante. Con una recogida serenidad en su expresión, un puro misterio en la mirada. Indudablemente, obró sobre Mirka de una manera total. Ya no es el hombre de antes. Antes era alegre. Ahora no lo es. Antes gustaba de fiestas y banquetes. Ahora se divierte en la soledad, como un misántropo que ya es, cuando no había hombre más sociable que él encima de la tierra. Tiene pensamientos que yo nunca por asomo habría imaginado en él. La influencia de aquella mujer le afinó espirittualmente, no cabe duda. Lo hizo más sensible y delicado, pero también le quitó aquella pura alegría de vivir que vivía en él como un manantial inagotable. De una persona vulgar, hizo de él un hombre interesante, pero triste.

- No creo que su amigo Mirka fuera un hombre vulgar - replica Ivan -; necesitó aquélla sacudida para darse cuenta de muchas cosas que él tenía intuídas dentro de sí, casi sin saberlo. Afloraron a la superficie en aquella ocasión y le dieron peso espiritual. A mí me resulta increíble que de una persona realmente vulgar se pueda hacer una selecta. Cuando esas sacudidas caen sobre las personas vulgares, se hacen temerosas porque notan que el mundo no era tan sencillo como ellos se imaginaban, pero en manera alguna se dignifican espiritualmente, sencillamente porque son incapaces de comprender aquella fuerza que se les viene encima. Temen porque no comprenden. Esos cambios que experimentó su amigo tienen sus compensaciones. Aunque no se sabe qué es mejor : La sensibilidad fina y estudiada o el buen vivir espontáneo.

- Es difícil vivir - tercia Luba - cuando se tienen esas disyuntivas y se comprenden totalmente.

- Lo ciero es - replica melancólicamente el coronel - que mi amigo Mir-

ka ya no es el de antes. Con este me encuentro diferente. Más compenetrado, pero más lejos al propio tiempo. Es un acorde espiritual más puro, pero sentimentalmente mucho más alejado, como si los lazos de comprensión que existían entre nosotros se hubieran afinado hasta llegar a ser un hilo finísimo. Lo incomprensible es que todo ocurrió en un tiempo brevísimo para tan agudo cambio.

- ¿No ha podido usted averiguar qué ocurrió durante aquellas dos semanas? - pregunta Luba.

- Nunca. Sólo sé que lo vieron dos veces juntos. Se lo pregunté dos veces y en ambas eludió la respuesta. Algo misterioso y sombrío pesó sobre él, un sueño terrible debió dominarlo.

- Creo que hay cambios radicales en las personas originados por las circunstancias que son las que explotan todas las posibilidades que puede tener un individuo - opina el profesor -; si su amigo Mirka no hubiera encontrado a esa mujer, continuaría siendo un hombre alegre, sociable, encantador quizás, pero poco interesante.

- Es posible, profesor, pero ya no es el amigo Mirka que yo conocía, que yo amaba.

- Ya no es posible volverlo como antes; él será siempre como esa mujer lo hizo. Ella lo hizo descubrirse a sí mismo. Debió despertar en él un anhelo de cosas nuevas, una imposible realización de ignorados deseos, una descarnada conciencia de sus limitadas posibilidades de hombre, esas posibilidades que son imposibilidades, que se nos agarran a los pechos viriles y no nos dejan respirar. Ese conocimiento nos da conciencia de nuestra limitación humana, es un estilete que se nos clava lentamente dentro de la carne.

- Sí, sí... concluye melancólicamente el coronel - todo eso es verdad, pero mi amigo Mirka ya no es el mismo que yo conocí.

......

Un silencio espeso desciende sobre los viajeros. El coronel Leprovna, después de su larga relación, ha quedado con los ojos fijos en un punto de la lejanía, ensimismado en sus pensamientos. Luba e Ivan lo contemplan profundamente interesados por aquella nostalgia

Con su largo silbido, el tren anuncia su llegada a una estación próxima. Es Melitopol, antes de llegar al istmo de Perecop. Un pueblecito industrioso, a cincuenta kilómetros del mar de Azov, con una intensa vida comercial que se nutre principalmente de los pueblecitos costeros, ceñidos como una gárgola por el mar azul de la Crimea. Sus casas, blancas y finamente perfiladas en la hora blanda del atardecer, parecen dados esparcidos pintorescamente por la llanura. Luba abre la ventanilla y contempla la pequeña estación que se acerca velozmente. La temperatura ha ido mejorando notablemente, a medida que se ha ido descendiendo hacia el Sur. El aire es frío, pero no helado. El cielo aparece de un azul pálido, como si un inmenso zafiro se hubiera derramado sobre el firmamento.

El tren se detiene con una seca conmoción. El techo pizarra de la estación cubre difícilmente la larga sucesión de vagones. El edificio, blanco y coquetón, avanza sobre las vías como un abanderado explorador que hubiese sido designado por sus compañeros los otros edificios de la ciudadela para recibir la llegada sonora del tren.

¡Diez minutos de parada! grita el único ferrovario, mientras a su lado el jefe de estación consulta el reloj.

- Voy a bajar un momento - dice el coronel - cuestión de cinco minutos. Luba e Ivan le ven perderse en la sala de espera.

- Es un hombre poco corriente - comenta Luba.

- Sí, desde el principio me interesó. No sólo por la forma de acercarse a nosotros, sino por sus cualidades auténticas. Es un hombre inteligente y sensible. Quizá un poco obcecado por el cariño que tiene a su amigo. Es posible que éste valga ahora más que antes.

- Sí, pero eso al parecer le trae sin cuidado.- replica Luba.

- Así es. Creo que daría su mano derecha por hallar a su amigo como era antes de encontrar a esa mujer misteriosa. Sería una gran sorpresa para él a su llegada a Sebastopol.

El coronel vuelve a aparecer en el pequeño rectángulo de la puerta de espera. Se aproxima a la portezuela, la abre y entra en el departamento. Trae un objeto en la mano.

- Tenga, señora - dice orgullosamente alargando el objeto a Luba - hace muchos años que en Melitopol se fabrican bibelots de esta clase. Quiero dejarles un pequeño recuerdo de mi paso. Tenga usted también - y entrega otro objeto a Ivan - Melitopol es célebre por su fabricación.

Luba contempla los regalos. El suyo representa una pareja de danzarines populares unidos en su base por un rectángulo de madera labrada. Son los típicos bailarines interpretando la swarzna, la antigua danza popular de Melitopol. Las figuras, con sus inmóviles ojos negrísimos sobre la dorada piel, tienen una gracia serena de estampa sorprendida en el momento más bello de la danza.

El regalo de Ivan representa un Neptuno hecho de madera esmaltada, con un cenicero entre las manos. Es de un cincel delicadísimo. La barba sonriente del padre de las aguas dice a los habitantes de la tierra su perenne alegría de macho vigorosamente creador del mundo del mar. Sobre uno de sus hombres, hay la figura diminuta de una mujer casi desnuda, ciñéndose un manto blanco que lleva bordado el escudo de la ciudad. Es una fina alegoría de la alianza de Melitopol con el mar.

Luba e Ivan agradecen el regalo del coronel, que se niega a escucharles.

- Créanme - dice con efusión - representa una alegría para mí hacerles este presente. Cada vez que lo miren se acordarán de mí y de la historia que les he contado.

- No le quepa duda - responde Luba - Sin regalo o con él, nunca la po-

dré olvidar. Creo que Ivan tampoco podrá hacerlo.

- La historia de mi amigo Mirka es interesante. ¿no es así?

- Interesante y nueva. Nunca he escuchado nada semejante. La historia del hombre que cambia por influjo de una mujer es vieja como el mundo. Pero cuando esa mujer llega a influir tan decisivamente sobre un hombre como ésta ha influído sobre Mirka, esa historia tiene ya pulsos de novedad.

- Como nuestro destino es común a Sebastopol, donde se encuentra mi amigo, quizá tengan ustedes ocasión de conocerlo. Presta sus servicios en el Cuartel General, pero tiene un piso en la avenida Werschenky. ¿Conocen ustedes Sebastopol? He oído hablar muy bien de ella.

- Yo sí - replica el profesor - Luba no la conoce aún. Tendrá tiempo de conocerla ampliamente. Tiene cosas muy interesantes. Es una ciudad industriosa, alegre y señorial. Le agradará conocerla, coronel.

- Así lo espero ¿Piensan permanecer mucho tiempo allí?

- Todo el tiempo que tenga disponible - responde.Ivan. Su mirada y su sonrisa son indefinibles.

....

Cubriendo el horizonte, se va enfilando en la lejanía el brazo de tierra que avanzando sobre el mar, ofrece a éste la piedra preciosa de la península de Crimea. Como una náyade antigua celosamente guardada por el mar, la península lleva en su seno la fiebre recóndita de exploraciones que poseyeron a los navegantes homéricos. Cada año, empujada por los hombres, avanza lentamente sobre las aguas, arrebatando terreno al mar de Azov, como si fuera una pequeña Holanda creciente.

La atmósfera se ha ido calentando paulatinamente a medida que avanzaba el tren a través de la llanura. Ya no es el cielo plomizo de la región de Kersoff ni el frío persistente del largo camino recorrido a lo largo de la estepa. La atmósfera en Crimea en pleno invierno es bastante benig-

na en relación con el resto de Rusia.

El istmo de Perecop se va acercando lentamente. Ya se distinguen claramente las casas que coronan el istmo a ambos lados de su brazo, mecidos en el descolorido verdor de la llanura. Junto a las lejanas casas, los labriegos alzan sus brazos en señal de saludo. Los viajeros les corresponden con una muda salutación en sus brazos levantados.

- Son buena gente - explica el profesor - nobles, limpios... rectos. No se puede nadie burlar de ellos. Entonces se vuelven feroces. Tienen la sangre caucásica.

- Así será - replica el coronel - hoy se han dedicado a la tierra. Son pacíficos y trabajores, pero tienen la caliente sangre en reposo. Pobre del que la haga entrar en ebullición.

- ¿Recuerdan ustedes la rebeldía del año primero del siglo? interroga Ivan.

Sus interlocutores hacen un signo negativo. El explica.

En aquel año, hubo grandes lluvias en toda la región de Crimea. No se recuerda lluvia tan insistente en muchos años. Los pequeños ríos que perforan todo el istmo se salieron de madre y empezaron a invadir los cultivos. Aquello fué una enorme catástrofe para los labradores. La siembra, que aquel año había sido más temprana, quedó arrasada por completo al ser inundados los campos. Las casasde los campesinos quedaron también inundadas y fué preciso evacuarlas. Aquello fué un éxodo terrible. Familias enteras vieron invadidos sus hogares por las aguas. Tuvieron que recoger lo más imprescindible y marcharse al interior del país, en espera de que pasara la atroz inundación. Durante un mes completo estuvieron todos los terrenos completamente cubiertos por las aguas. No había bicho viviente que pudiera habitar allí. Diariamente, los campesinos alojados provisionalmente en Melopof, aldea del interior, recorrían media docena de kilómetros bajo una lluvia intensa para ir a contemplar sus cam-

pos sepultados, con la furtiva esperanza que las aguas, movidas por algún poder celestial, se fueran retirando. Nunca podré olvidar la expresión de aquellas caras tostadas por las lluvias y los soles. Parecía como si su vida total se hubiese extinguido. Eso era en realidad lo que había pasado. Pero había algo más sutil y penetrante que cuantas cosas se pudiesen decir acerca de ellos. Era como si su tierra de promisión se hubiese agotado por completo. Y al mismo tiempo, había como un gesto de vida resignada en sus ojos, la enorme paciencia milenaria que siglo tras siglo ha doblado su cuerpo sobre el terruño y ha dejado en él buena parte de su vida. Venían al borde de las aguas, todo iguales, simétricos, con sus sombreros cetrinos, sus caras ardientes, sus ojos indecibles, y se ponían a contemplar los campos con una muda desesperación. Y los campos tenían su impasibilidad de siglos. Y las aguas imperturbables corrían en arroyuelos a través de toda la llanura formando hondos surcos en toda su extensión. A veces, en las noches ululantes parecía oirse un flamígero quejido, como si los campos sollozantes añorasen a los hombres que se derribaban sobre ellos dándoles su vida y acariciándoles su testa con la azada.

Las lluvias fueron decreciendo poco a poco, como si un dios benéfico sujetase sus cabellos desbocados. Pero pasaron diez días tras la cesación de las lluvias para que se pudiese poner pie en la llanura. La vuelta del éxodo fué trágica. Los campesinos iban mudos y terribles como si los hubiera alcanzado una maldición, Sus ojos lo observaban todo con una expresión inenarrable, como si un dolor sin medida, ahogado durante centurias, se hubiera desbordado y les hubiese llenado el cuerpo y la sangre de canales de amargura. Los carros con las mujeres y los hijos y las pocas cosas que habían quedado, se huhdían hasta los cubos de las ruedas en la tierra esponjosa, mientras los hombres iban delante guiando a las bestias, metidos en lodo hasta la rodilla. Aquel desfile

duró todo el día, desde las cinco de la madrugada hasta la hora del crepúsculo. Había un poema de tragedia en cada ojo vigilando la llanura, en cada madre amamantando a su hijo, en cada campesino miserable, azotado como un can por el destino y por el cielo.

- Luego vinieron los días, en su desfile interminable. La opaca dulzura del tiempo que pasa opia los más grandes dolores. Los días soleados y las brisas azules corrían por el campo como un canto de prometedora esperanza. Días de estar inclinado sobre la tierra desde la salida a la puesta del sol, metidos hasta las rodillas en la tierra todavía inundada, buscándole su floración y encontrándole un desagüe hasta el mar, sin gastar apenas tiempo en comer, con la colilla apagada durante todo el día del cigarro encendido al amanecer. Con una feroz determinación de vivir retratada en la cara, con una mirada opaca cuando los ojos se posaban en la casa, sobre la mujer, sobre los hijos, sobre los padres viejos, sobre la torrencial llanura.

- Y todo pasó. Aquellos días afilados como cuchillos se dejaron llevar por el tiempo. La tierra, encendida como una promesa de anunciación, volvió a florecer. El agua fué absorbida o expulsada de los campos. La vida volvió a latir poderosamente en todas las haciendas del istmo. Muchas casas hubieron de ser totalmente reconstruídas. Pero todo se cumplió. Nadie había desertado. Todos se agarraron como a una tabla de salvación al nuevo crecimiento.

- Cuando pasan estas tragedias para los hombres del campo son pocos los que abandonan. Todos vuelven con una mansedumbre invencible a empezar. Una y otra vez. Cien veces destruídos, cien veces rehechos. Es la primera vez que ocurría esto a los campesinos del istmo y la primera vez que yo lo presenciaba. Pude apreciar la enorme pasividad y el puro estoicismo de los hombres del campo cuando les llegan estas catástrofes. Son como argollas de acero que doblan sus cuerpos sobre la tie-

rra sin llegar a romperlos. Luego se levantan como la caña agachada por el viento, que vuelve incansablemente a erguirse.

- Yo también lo he presenciado - replica el coronel - Creo que el culto a la tierra de los hombre del campo es universal. Se agarran a su terruño con la misma feroz vitalidad con que las hierbas crecen entre las piedras.

- Es lo que ha vivido con ellos desde que han tenido sensación de vivir - dice el profesor - Al agarrarse a ellas se agarran a su propio instinto de conservación, a la vida que los hace latir como corazones convulsos.

- Sí, es cierto - Leprovna queda pensativo. Ivan cierra los ojos en su fuerza pensante. Reina en el tren un largo silencio. Luba centellea en sus ojos la cálida nostalgia del crepúsculo.

El tren sigue su ritmo monótono. Ya se divisan las casas de Sebastopol, la ciudad enclavada al borde de la Rusia meridional, donde ésta acaba y empieza el mar.

El coronel mira curiosamente la para él nueva ciudad. Cosida en el punto más agresivo de la Rusia del sur, centro comercial y turístico de primer orden, centinela gigantesco del mar inmenso, Sebastopol está engarzado como un enorme diamante en el manto colosal de la Rusia blanca. Sus edificios, con el mar azul de fondo, son como brillantes guerreros que defienden a la tierra de una invasión azul del mar celosamente acariciador, que ciñe a la ciudad con su abrazo poderoso. Su estación es grande, con numerosas vías de entrada y salida donde van muriendo todos los trenes, amenazados por el mar próximo.

El reloj de cutis amarillento que señala las horas de entrada y salida de los trenes se va acercando a un ritmo veloz. Ya se perciban claramente sus manecillas negras, sus números rojizos y la quieta movilidad del segundero, que señala en este momento la entrada del tren en Sebas-

topol, última etapa del largo viaje desde Kersoff.

El tren se detiene con un seco zumbido en toda su osamenta acerada. Voces, gritos y agitación saludan su entrada en la estación, inmenso hervidero humano. Entradas, salidas, organización en medio de la confusión. Individuos de todas las razas y nacionalidades. Hombres de ojos mogólicos, de tez amarillenta y manos y pies pequeños, negros de teces brillantes por el sudor, mujeres de extravagantes peinados y atavíos, hombres blancos de caras barbudas y ojos rasgados, tipo perfecto en los caucásicos. Toda una mezcolanza de gustos y personas, psicologías e individualidades que sitúan a Sebastopol como la ciudad turística por excelencia del sur ruso, en la confluencia entre los mares Negro y Azov.

Nuestros viajeros salen con dificultad de la estación y suben a uno de los numerosos coches que esperan en su parte frontera. El auto enfila la avenida de Kerensky, ancha y circundada de árboles a ambos lados, babor y estribor del coche que los lleva. Luego se sucede la Plaza Swedvsky, la más célebre de Sebastopol, conocida en el mundo entero por su gran feria de muestras de 1910, que desde entonces se repite todos los años. Todos los edificios de la plaza están destinados a la Exposición. Cuando en el mes de Junio ésta se inicia las noches de verano quedan anuladas por los torrentes de luces que avanzan sobre la plaza y la hacen brillar deslumbradoramente. La penetrante luz de los arcos voltaicos, con sus exquisitos dibujos finamente embutidos, hacen que el contorno general adquiera una fría pureza en su ausencia de misterio.

El profesor va explicándolo todo a Luba y al coronel. Este se interesa por todo cuanto ve, pero únicamente desea una cosa. Ver a su camarada Mirka. Ivan da al chófer la dirección de la avenida Werschenky. Es una calle ancha y bien pavimentada, como todas las del dentro de la ciudad. En el número 28 vive Mirka Bradechensky, una casa de piedras amarillentas rodeada de un pequeño jardín, terminado por una verja labrada. Ante ella

se detiene el vehículo. El coronel desciende de él y saca sus maletas.

- Hasta pronto - se despide estrechando las manos de sus compañeros de viaje. - No les hago pasar porque veo que es demasiado tarde y apenas habría tiempo de nada. Además, dada la hora que es, me parece difícil que mi amigo esté aquí. Tengo gran interés en que lo conozcan y sobre todo en recibir su opinión profesional, señor Lekoff. Sería muy interesante. Ya saben la dirección. Como conozco bien a Mirka, me permito ofrecerles la casa. Vengan por aquí cuando quieran. ¿Quieren decirme su dirección?

- Es una casa de campo, a tres kilómetros de la ciudad por la carretera que conduce a Grensky. La casa se llama La Verlach.

- Gracias, profesor - dice Leprovna anotando la dirección.-Probablemente nos veremos muy pronto. Hasta la vista.

Adiós, coronel - le saludan desde el coche - Hasta pronto.

Ya es noche cerrada. El coche va avanzando por la ciudad, profudamente iluminada, hasta agotarla y llegar a sus alredores de su límite, donde se encuentran los gruesos muros derruídos de la guerra de Crimea. Muros de color grisáceo, anchos y bajos, que ofrecen a la tenue claridad de la luna una vejez incontenible en cada piedra rasada y una ardiente vitalidad en los líquenes nacidos entre las junturas de la piedra.

La noche, pálida sobre la carretera alquitranada, envía los fríos reflejos de su luna sobre la tierra rojiza, iluminando con la espectralidad de su luz la carretera agarrotada de árboles. El ruido del motor rasga sacrílegamente el silencio denso de la campiña.

A la izquierda se divisa ya la casa con sus costados ceñidos por una franja de verdor y las erguidas torrecillas grisáceas haciendo un corte en el negro profundísimo del cielo.

El conductor inquiere con una pregunta que es casi una afirmación:

- ¿Es aquí, señor?

- Aquí es - contesta brevemente el profesor.

Una gran verja azul oscuro guarda la casa y el jardín de los rumores del exterior. El coche se detiene ante ella. Un hombre acude desde la casa y abre la verja. Un hombre de unos cuarenta años, de expresión humilde y ojos inquietos. Se dirige a los nuevos inquilinos de la casa:

- Bienvenidos, señores. Soy el jardinero ¿Han tenido los señores buen viaje? - pregunta con voz ronca.

- Muy bueno, gracias - responde Ivan - ayúdenos a transportar las maletas.

- Sí señor, enseguida. - Se echa a los hombros el equipaje y, agachado bajo su peso, se dirige a la casa que dista unos doscientos metros de la entrada.

Ivan despide el coche y junto con Luba se interna en el cuidado jardín, siguiendo los pasos del jardinero. El camino enarenado que conduce al edificio está flanqueado por el insistente verdor primaveral que hace que la existencia del invierno en la península de Crimea sea apenas un vago espejismo. Los rododendros color sepia durante el día adquieren por la noche un inquietante tono sombrío. Las hayas, de pronunciadas siluetas y recortadas sombras, yerguen su tronco lleno de nudos fuertemente acusados, detrás de los que parecen parecen agazaparse sombras alucinantes. La luz irreal de la luna, con su pálida fuerza en esta noche invernal, traza apenas su iluminada faz sobre la superficie de las cosas. Más allá, circundando el misterio del jardín, colindante ya con los campos labrados, selváticos, susurran sus ramas los agredos, mecidos por la fuerza suave de los vientos del sur.

El jardinero que los precede asciende por los escalones del pórtico, sostenido por columnas de mármol de un blanco grisáceo. La casa tiene una amplia terraza a la entrada con barandales de madera oscura unidos entre sí por flejes metálicos. Están cubiertos por esa yedra que nunca se mar-

chita que los ciñe abundantemente. La amplia puerta de entrada, de sólida madera con incrustaciones herradas en su superficie, da paso a las habitaciones que sirvieron de residencia al general Daborta, que murió hace dos años en el Hospital Militar de Sebastopol.

El jardinero, Pedro Hervoff, les presenta a la restante servidumbre de la casa. La forman Ana Demodevna, su mujer,y Leila Borochenko. La primera es una mujer que tendrá aproximadamente la misma edad que su marido, con una expresión dominante y unos ojos negros que todo lo escrutan, sobresaliendo una decidida impresión de mujer antipática que domina toda su persona. Leila Borochenko es una muchacha de unos veinte años, de blanca piel y cabellos negros, con unos ojos alegres en medio de la cara que dan una franca alegría a toda su persona.

Ivan y Luba los saludan brevemente y se retiran a sus habitaciones, conducidos por Ana Demodevna, para descansar del largo viaje desde la ciudad de Kersoff.

....

La vida, campo de batalla del sexo, ha hecho madurar dentro de Luba Dubroska el hijo que le sembró Ivan Lekoff aquella noche de San Juan. Ha sido trasladada esta tarde al Hospital de Santa Ana de la ciudad. Probablemente dará a luz esta madrugada tibia de la primavera, que se va anunciando casi impalpablemente en los retoños nuevos de los árboles.

La lívida luz del amanecer penetra por los grandes ventanales del edificio del Hospital, en la calle Leviskia. El profesor Lekoff, sentado en una butaca de la sala de espera, aguarda con una tranquilidad demasiado perfecta para ser natural el resultado del libramiento. Hay una exagerada perfección en cada gesto que hace, una moderada euritmia en cada fruncimiento de cejas con que contesta a sus internos pensamiento, una calculada voluntad de dominio en cada movimiento suyo cuando escucha abrirse

la puerta de entrada. Hace casi tres horas que empezaron los dolores finales del alumbramiento. Unas leves gotas de sudor anidan en la cara del profesor, denunciando la interna tensión reprimida a que está sometido. De vez en cuando, una enfermera atraviesa la habitación llevando medicinas, vendas, haciéndole un gesto tranquilizador, que él acepta con una leve inclinación de cabeza.

Los minutos transcurren lentamente. Las agujas del reloj de la habitación parecen sentir un peso infinito en su marcha hacia la consumación del tiempo. Por la ventana, atravesando el puro cristal, se filtra un rayo de sol que cae sobre el profesor como un descarnado bisturí, denunciando las huellas que la enfermedad va dejando sobre él.

Los pómulos han enflaquecido. La frente, apretada por la tensión, tiene unas arrugas pronunciadas en su confluencia con los ojos. En la boca hay un rictus indefinible, mezcla de enorme fatiga y de indomable dureza. En los ojos parece haberse refugiado toda la vida interna de este hombre. Unos ojos en los que perdura una indomable voluntad de continuar hasta el fin. Fanáticos y fríos, miran más allá de todas las evidencias.

El reloj da ocho campanadas lentas, rompiendo el vasto silencio de la habitación. La puerta se abre para dar paso al director del Hospital, Andrei Lebarno. Un hombre alto, de cabellos grises y ojos negros de viva expresión. Un fino bigote le circunda la boca, de gesto suave y firme a la par. Su figura de blanco impecable se aproxima a Ivan Lekoff, que se levanta a su encuentro.

- Lo siento, profesor - dice Lebarno con su voz intensa - Se han presentado complicaciones. Es preciso operar.

Una fina arruga ha crecido repentinamente sobre la parte izquierda de la frente de Lekoff, enarcando su ceja de un modo plástico y frío. Hay una pausa de cargado silencio entre ambos, como si hubiesen llenado la habitación de un fuerza espesa sin control ni barrera y la hubiesen vaciado de aire.

-¿Resultado? - interroga Lekoff.

- Incierto - define el doctor - es difícil preverlo.

-¿Se salvarán los dos?

- La madre, probablemente sí - dice fríamente Lebarno - el hijo, se hará todo lo humanamente posible.

- Bien, doctor - hay una ahogada angustia en la voz - opere sin vacila--ción. Ante todo la madre. Es preciso salvarla a toda costa. El hijo... la salvación de él...

- La salvación de él está más allá de la ciencia. Hay fronteras que nosotros los médicos no podemos regir, caminos que no podemos trazar...

- Adelante, pues. ¿Puedo presenciar la operación?

- Será mejor que no lo haga. Nunca se permite asistir a ella a ningún extraño a la intervención. Puede aguardar en la salita de al lado.

- Si no es posible, deseo verla antes, al menos. ¿Cómo se encuentra?

- Está descansando. Le hemos administrado una inyección . Venga por aquí.

- El doctor Lebarno conduce a Lekoff a la sala de operaciones. Allí, tendida sobre la camilla, cubierta hasta el cuello por una sábana, se encuentra Luba Dubroska. Con una apagada fuerza en los ojos y una terrible palidez en la cara. Apoya su cabeza sobre una almohada. Ivan se aproxima y coge una mano de ella entre las suyas. Esta vuelve los ojos y sonríe valerosamente entre los labios blancos, con una mirada indefinible sobre Ivan. Sus ojos se han cruzado con una expresión más allá de todo lo humano, cuando se ha llegado a ese vértice de intimidad traspasada, donde ya no cabén secretos vitales entre un hombre y una mujer.

Los preparativos de la intervención están ya concluídos. Lebarno aparta suavemente a Lekoff y le conduce a la habitación próxima, donde éste se deja caer pesadamente en un sillón. Luego vuelve al quirófano.

Se aproximan los ayudantes del operador. Son cinco en total, una enfermera, cuatro enfermenros, todos con sus blancas batas impecables.

La enfermera aplica el éter sobre el rostro de la paciente. Lo deja muy próximo y le ordena, acercándolo más: Respire, por favor. La enferma resiste instintivamente unos momentos, conteniendo la respiración, para terminar aspirando aire con avidez, quedando cloroformizada rápidamente.

Lebarno se despoja de su bata, quedando en camisa con los morenos brazos desnudos. Se coloca la blanca tela sobre la cara, especie de careta que deja únicamente visibles los ojos. Luego se lava cuidadosamente las manos y los antebrazos sin secarlos más que agitándolos velozmente. Después introduce las manos en los guantes de goma, necesarios para operar. Le ofrecen una nueva bata, que se coloca sin rozar las manos ya enfundadas.

Un chorro de blanca luz se proyecta sobre el cuerpo de la paciente, iluminando un ancho círculo en torno de la camilla operatoria, con un vivo reflejo sobre los brillantes instrumentos quirúrgicos, dispuestos a entrar en acción. La enfermera retira la almohada de debajo de la cabeza de Luba. Es la señal para enseñar a operar.

Con un rápido movimiento, un enfermero aparta la sábana. Lebarno empieza a operar. Sus manos ágiles y sensitivas actúan con fría precisión, dirigidas por un cerebro serenamente matemático, un cerebro que no admite fallos en la ejecución de la tarea que les tiene encomendadas. La cegadora luz de la pantalla pone ardiente la atmósfera. El sudor empieza a correr por la frentes atenazadas por el esfuerzo. La tensión, como un personaje hasta ahora ausente, se va infiltrando silenciosamente en los presentes. Hace contraer las cejas en el rigor de la reconcentrada atención y oprimir la boca detrás de la blanca tela que cubre los rostros tensos. El operador corta, saca, limpia, establece suturas. De vez en cuando su voz impersonal - Bisturí - Algodón - Vendas - Alcohol - Sudor - Todo es llevado a cabo con una precisión rigurosamente analítica, rigurosamente estudiada para no dejar nada al azar, con una vigorosa previsión. Para

dejar únicamente al azar lo que es insalvable para el hombre, aquello que está sólo en unas manos más altas que las suyas. Es la porción que Dios tiene en la vida humana. Es quien da el golpe definitivo en el platillo de la balanza, favorable o adverso. La última instancia, la instancia suprema.

La operación transcurre lenta, devoradoramente lenta. El reloj, cronómetro de la sala de operaciones, va rodando impasiblemente sus manecillas. El rostro tenso del operador se adivina en la ceñida concentración de la frente, en la fijeza bisturística de la mirada, en la inmóvil transparencia que late en su boca serenamente cerrada. Los ayudantes siguen atentamente todos sus movimientos, prestos a obedecer la más mínima orden. La luz de los potentes focos ilumina con su despiadada claridad la internidad absoluta del cuerpo humano tendido en la camilla. Un cuerpo donde se siente vivir poderosamente un alma.

¿En qué profunda víscera del cuerpo humano vivirá esa entidad misteriosa que nos hace pensar, sentir, amar, odiar...?¿Esa dinamo de electricidad psíquica en manantial que nos hace movernos, comparar, transgredir, iluminarnos, que nos hace llorar nuestras debilidades, celebrar nuestros triunfos, sentirnos desgarrados, ateridos, triunfadores, tiranos, ese trozo misterioso cabeza de la naciones, orgullo de los humanos, cadena de los conquistadores, vida misma ligada por el cuerpo a un fin enigmático, esa entidad arcangélica y satánica que llamamos alma? ¿Dónde empieza y dónde acaba? ¿Cuál es el punto exacto en que deja de existir la carne del cuerpo y empieza la carne del alma? Coged una cabeza humana y desintegrad científicamente su cerebro. Con unas pinzas delicadas separad las fibras que tienen el pensamiento de aquellas otras cuya función es mera mecánica. Habrá que pensar que esas fibras, misterio donde anida una entidad pensante, formarán parte del alma. Pero afinad más aun. Suponed que esas fibras que forman la parte izquierda del cerebro, cuya misión conocíais perfectamente hasta casi saber los pensamientos que generaban, pensamientos de un

determinado carácter, quedan lesionadas por cualquier circunstancia. Han quedado inútiles por completo, porque han sido tan gravemente heridas que no pueden volver a funcionar nunca más. Ese cerebro, por lo tanto, no podrá generar ya pensamientos creados por aquellas fibras. Pues bien, la experiencia nos indica que no es así. Ese cerebro sigue desarrollando esos pensamientos, cuya naturaleza conocemos perfectamente, porque han sido científicamente filiados. Sólo ha ocurrido un cambio. El proceso de creación del pensamiento no ha variado. Esa cabeza continúa siendo tan perfecta mentalmente como antes. Únicamente se ha movilizado el lugar de creación de esos pensamientos. Las fibbas izquierdas del cerebro, paralizadas totalmente, no podrán ya nunca volver a crear. Pero ese vigor pensante ha sido traspasado a la parte derecha; las fibras de esta parte quedan nutridas del vigor mental que perdieron las primeras. Pues bien ¿por qué misteriosos mecanismos ha ocurrido ese canje de energías? ¿Cómo esa cosa inmaterial, aérea, flúida del pensamiento que anidaba en la parte izquierda del cerebro ha sobrevivido del cataclismo venido sobre el nido que la acogía? ¿Cómo se ha evadido de la fuerza mortal que ha aplastado su base corporal? Los resultados de la investigación son precisos. Ha ocurrido. El pensamiento ha salido de allí y se ha trasladado a un lugar vivo, donde ha seguido imperturbablemente su proceso vital.

Tras la maravilla del cerebro, maravilla de las maravillas, encontraréis cien, mil, infinitas maravillas más dentro del cuerpo del hombre. La vasta complejidad de los vasos sanguíneos, la rica complicación de las venas y las arterias, la poderosa vitalidad del corazón rojo en su incesante latir eterno de la vida, hacen del cuerpo humano la base cordial para el reconocimiento de una grandeza superior a la nuestra, una grandeza que demuestra la esencia suprema ante la que se han inclinado los guerreros y los sacerdotes, las vírgenes prudentes y las bacantes antiguas, los reyes y los presidiarios, el Dante y Voltaire., esa fuerza febril que alienta los mundos.

Los hombres, con riesgo consciente, han colocado sus manos sobre el cuerpo y lo han salvado mil veces del abismo mortal que se le aproximaba, acercándolo a las fuentes de la vida. Otras veces el riesgo ha sido demasiado grande y los cuerpos han sido precipitados en la sima oscura de donde nacieron, confundidos con el polvo de que fueron formados.

El cuerpo tendido en la camilla empieza a reaccionar lentamente. La intervención está concluyendo. Los fatigados rostros inclinados sobre la paciente están respirando de alivio.

El operador da la sutura final. Da las últimas órdenes con su voz perentoria. Alcohol - yodo - vendas. El número de luces sobre la mesa operatoria se acorta. La enferma ya respira con normalidad, habiendo pasado ligeramente los efectos del éter. El doctor se arranca la mascarilla y los guantes. Su bata de operador es sustitúída por otra rápidamente, a una orden breve y apremiante.

- Concluída - dice secamente, mientras una enfermera empuja la camilla para trasladar a su habitación a la operada. Los rostros sin mascarilla de los ayudantes expresan una mezcla de alegría y decepción. El rostro de Lebarno está cansado y pensativo. La madre únicamente ha podido ser salvada. Sale de la habitación.

Ivan Lekoff, sumido en la incierta claridad de la sala, ve abrirse la puerta, tras la que se perfila la figura de Lebarno. En la cara de éste lee su decepción.

Lo siento, profesor - dice con su voz intensa - para salvar a la madre, ha sido preciso sacrificar al hijo. No ha habido otra solución.

Dos lagunas de asombro doloroso han crecido en los ojos de Lekoff. Una vieja laxitud invade todos sus miembros, como si la pequeña vida no nacida le hubiese sido arrebatada de su propia vida, dejándolo vacío.

- ¿Ha sido dolorosa la operación? - pregunta.

-No, anestesiada no ha sentido nada. Aun no lo sabe y es preferible

que no lo sepa aún. Está demasiado débil.

- Quiero verla.- dice Lekoff.

- Venga por aquí.

La cara de Luba tiene un color céreo, ese mismo color que tienen los sentenciados al ir a cumplir su última pena. Sus ojos desesperanzados le indican que lo sabe todo.

- ¿Cómo te encuentras, Luba? - pregunta Lekoff cogiendo una mano de ella entre las suyas.

- Bien. Muy bien. - contesta desamparadamente.la mujer, cerrando los ojos en un amago de eterno cansancio.

- Ahora debe descansar - tercia suavemente Lebarno - es preciso dejarla descansar hasta mañana en que estará algo más repuesta.

- No tenemos hijo - dice Luba desgarrada - me ha crecido dentro, tan dentro de mi entraña, tan agarrado a mí, que no han podido sacarlo sino muerto. Era como una flor que iba naciendo en mi vientre viviendo de mi sangre. Ya nunca podrá crecer otra vida dentro de la mía.

Hay arroyos de esperanza que parecen secados de pronto por un viento africano. Los ojos trágicos de Luba vivían suavidades y hermosuras que han sido agostadas por la muerte del hijo que no llegó a vivir. Ivan la mira con la nostalgia antigua que le nació aquella noche de San Juan. Se inclina sobre ella y la besa suavemente en los plenos labios que le fueron ofrecidos tan limpiamente aquella noche. Ella queda prendida en la mirada creadora del hombre. Luego él se retira.

....

Han transcurrido cinco semanas. Ivan Lekoff y Luba Dubroska han llegado juntos hasta donde les tenía marcado un poder superior al de ellos Los dolores han comenzado a concretarse en el cuerpo del hombre. Continúa implacablemente sus estudios. Dentro de poco un libro vendrá a reco-

ger sus experiencias durante los últimos dos años. Un libro para el que faltan escasos capítulos, densos de observaciones y pruebas, realizadas en Kersoff. Luba sigue junto a él, esperando siempre lo inevitable. Nadie podrá ya torcer el destino, que tiene su ruta prefijada dentro del cerco férreo del porvenir. El destino es insoslayable y duro como una tenaza de hierro que tritura los músculos y no da punto de reposo a los nervios afiebrados. Hay que amoldarse dentro de él como se amolda el hierro a la fragua cuando tropieza con el fuego, el enemigo más potente que él. Así marcha Ivan Lekoff bajo su férula implacable. Resistiéndole, pero cediendo siempre. Inmolando el cuerpo y el espíritu en aras de una ciencia, que es una creencia y una religión pensante. Torturando su esencia humana en pos del conocimiento, la espuela gigante que ha hecho avanzar a los humanos por el camino del progreso vital.

....

En la gran sala capitular de la casa, sentado en un sillón de alto respaldo, reposa Ivan Lekoff. La gran puerta vidriera del fondo deja ver el bosque de Rowloff, el gran bosque que empieza a unos doscientos metros de la casa. Se extiende a lo largo de dos kilómetros y termina en el lago de Kureth. Ivan ha estado allí. Lo recuerda. Sería hermoso reposar debajo de sus aguas. Es una brillante lámina acerada que a los rayos del sol semeja un inmenso portaaviones reposando sobre la tierra negra. En la frontera lejana donde se pierde el gran lago se confunde el amarillo oro del sol con el acero brillante del agua, como si un genio físico hubiera realizado una mezcla extrañísima y hubiese conferido al oro la metálica fuerza del acero y a éste la sonora argencia de aquél.

Sí, en verdad sería hermoso convivir allá adentro con la vida submarina, dejar que el rostro se fuera desdibujando imperceptiblemente entre las aguas, sentir si es que en el más allá se siente, como se va diluyendo la carne y la sangre ya muertas entre el agua viva del lago... Conocer

Los misterios solemnes del agua profunda sin tener ya miedo a la muerte.

Los fríos estremecimientos del cáncer doloroso se han hecho cada vez más frecuentes. Siente que la vida se va escurriendo suavemente de entre sus manos. La muerte es una sanguijuela que se ha agarrado a él dulce e inexorablemente y va chupando su vida. Su vida que empieza a desfilar ~~ante~~ como si ante sus ojos se desenrollara una película. Su infancia de Kieria, su juventud universitaria, su vocación científica, su amor a esta mujer que está tendida a sus pies, con la cabeza sobre sus rodillas y los ojos cerrados. Luba tiene una expresión absorta y reverente en la cara, mientras acaricia sobre su cara las manos viriles. Sus cabellos negros hacen un violento contraste con la bata roja de Ivan.

Las sombras crepusculares van invadiendo la estancia, decorada en dos tonos sombríos: rojo y negro. Los muebles, fantasmas irreales en la penumbra, son como compañeros que viven junto a los dos solitarios en espíritu. Sus caras están iluminadas imprecisamente por las llamas prendidas en unos candelabros próximos. El rostro del profesor sigue acusando las huellas de la enfermedad, notablemente acentuada. El cabellos continúa tan negros como antes, pero ha perdido su brillo vigoroso. La frente se ha sembrado de arrugas profundas que la surcan abundantemente, denotando el esfuerzo continuo en la concentración. Los ojos verdosos,en los que perdura un fuego sombrío, se han hundido ligeramente. Las huesudas mejillas descienden hasta la boca en la que ha quedado improntada el sello de una voluntad de hierro. Sin embargo, en toda su persona domina una serenidad sin medida, una acusada impresión de que este hombre llegará implacablemente entero hasta el fin.

El hombre inclina la cabeza y besa los cabellos de la mujer. Ella levanta la cabeza y lo mira en una muda comprensión, en una unión más sutil y poderosa de lo que puedan decir todas las palabras.

¡Luba!- susurra el hombre - ¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa es la vi-

da!¡Todo es tan maravilloso, que volvería a vivir cien veces la vida que he vivido!

- ¿Es hermoso el presente? - pregunta la mujer con los quietos ojos maravillados - ¿Tú lo puedes decir?

- Yo soy el más indicado para decirlo. Es hermoso el presente cuando se tiene un largo camino recorrido con una vida fecunda. La hermosura de la vida consiste a veces en la dureza con que nos trata. Nos hace a su vez duros, resistentes, creadores, disciplinados...

- Pero la vida también puede ser cruel. Y trivial.

- Sí, a veces la vida es todo eso. Pero hay que tratar de dominar la circunstancia y sacar de las más duras experiencias enseñanzas que nos hagan ser ilimitadamente mejores. La vida puede ser trivial. También puede ser cruel. Pero también puede ser muchas cosas más. En eso está su gracia En que es tan variada que lo puede abarcar todo.

- Lo mejor y lo peor.

- Lo mejor y lo peor. Es como el hombre. Dentro del hombre cabe la mayor barbarie y la mayor delicadeza. Es tan variado como la vida misma. El hombre paleolítico ha hecho crecer dentro de sí la novena sinfonía de Beethoven. Ha necesitado miles de años. Es cierto. Pero la simplicidad bestial de su vida estaba iluminada por lo que ha hecho de él lo que es: la inteligencia. Podría decirse que es la auténtica piedra filosofal que encontró dentro de sí el primer hombre que pisó la tierra.

- Creo que hay hombres que pasan alegremente por la vida.

- Sí, con la risa continua entre los labios. Son como faunos gozadores. Es el contrapeso que necesita el mundo para compensar a los hombres de intelecto.

- ¿Qué es preferible? ¿Ser un fauno gozador o un pensador triste?

- Hay para todos los gustos y calidades. Creo que también se puede ser un pensador alegre. ¿Por qué no?

- Sí, es cierto. Pero un pensador alegre siempre tiene algo de fauno.

- ¿Y qué mejor cosa que ser un poco fauno? ¿Un poco Momo y un poco Sócrates? Alguien escribió un tomito elogiando la locura.

- Sí, creo conocerlo. Era una mente privilegiada.

- El hombre más sabio de su tiempo. Supo aunar la enorme seriedad de la teológica más encopetada con la producción de aquel librito tan poco serio como entrañable y humano. El libro es un canto de alegría razonada. Dice por qué hemos de ser estupendamente irracionales. La irracionalidad del mundo es la eterna gracia de él. Es necesario simplemente tener el sentido de la vida.

- Sí, creo que es necesario comprenderla en sus directrices vitales.

- Exacto. Porque la vida en su abismo es impenetrable, tan impenetrable como la muerte. Es necesario afrontarla con valor y alegría. Así se comprende su hermosura.

Hay una pausa larga, llena de significados. El anochecer ha agotado la densidad del crepúsculo. Las sombras en la habitación y en el exterior se han hecho más totales. Las palabras han sonado de una manera cálidamente irreal, como si brotaran sencillamente del espacio o vinieran insertas en un hilo aéreo, procedentes de un lugar desconocido.

- Ivan - susurra Luba - tu libro está próximo a terminarse.

- Sí - contesta brevemente él - tengo el tiempo justo. Cuando lo termine, ya no tendré tiempo de hacer nada parecido. He decidido prolongarlo varios capítulos. Creo que tendré tiempo de hacerlo. Si no... - Se encoge de hombros - He decidido completarlo con mis impresiones finales. Tengo ya un editor que me dará a ganar mucho dinero - La voz es de una alegrísima ironía. También es de un doloroso cinismo.

-¡Mucho dinero! ¡Mucho dinero! - la mujer se desgarra con exaltación - ¿Es posible que admitas tan fríamente la posibilidad de novivir? Su cara, con la garganta cristalizada en sollozos, se oculta ciegamente entre las

rodillas del hombre. Las manos de él se crispan sobre los hombros de Luba, en un esfuerzo desesperado de contención - Vamos, tienes que ser fuerte. Hay que afrontar a la compañera que se me quiere llevar.

¡La muerte! ¡La muerte! Los nervios desatados de la mujer dicen la palabra que se ha cerrado hasta ahora para ellos - ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Es injusto.' ¡Tremendamente injusto!

- Nadie lo sabe, Luba - habla conteniéndose el hombre - nadie sabe en última instancia qué es lo justo y lo injusto. Hay cosas que están fuera de nosotros, por encima de nosotros.

Las lágimas desbordadas de Luba perlan el carmesí de la bata de Ivan. La estampa que forma con la figura de él trae resonancias de un antiguo cuadro bíblico. La Magdalena ungiendo los pies de Jesús. Ambas, a través de la historia y de la fantasía, proyectadas en el claroscuro irreal de la leyenda cristiana y en las sombras chinescas de la creación literaria, tienen el mismo gesto ante la próxima muerte del Elegido. La una, densa de humanidad y de dolor, unge con bálsamo los pies sagrados del que ha de morir. La otra, frenética de espanto ante lo desconocido, lo unge con la venda caliginosa y ardiente de sus lágrimas.

En aquella tragedia multisecular, pirámide sobre la cual el cristianismo ha batallado a la sombra de milenios, parece revivir la grandeza con que se está efectuando el canje próximo e inexorable entre la vida y la muerte, los dos misterios cardinales del universo. Negro y rojo de la tragedia de la muerte cabalgan incansablemente sobre los caballos del tiempo, luchando ventajosamente contra el blanco y azul de la vida. Pero la lucha ya está decidida en esta ocasión. La victoria se va inclinando inexorablemente sobre la muerte, en la agonía sin medida que va creciendo dentro del cuerpo y la sangre de Ivan Lekoff, el profesor señalado por el destino para su última finalidad, para la cancelación ineludible de la deuda de la vida. Es necesario ir desflecando lentamente sobre el regazo

de la muerte la imponderable tortura del cáncer.

....

En aquel verano de 1914 el imperio austro-húngaro, mordido en el talón de Sarajevo, dió el primer paso en el camino de la guerra. Desde el Japón a los mares de América, el enorme monstruo extendió sus tentáculos mortales empezando a despertar lentamente en su deseo de lucha. Rusia, herida desde su principio, sintió pasar por encima de su carne las divisiones blindadas, los carros de combate, los soldados enemigos caminando ceñudos y mortales a la lucha y a la muerte. Sebastopol, centro de irradiación administrativa y militar, se vió invadida por gentes de toda laya, acaparadores, idealistas, simples aventureros, seres de todas las nacionalidades.

El coronel Leprovan y Mirka Bradechensky han partido para el campo de batalla. Allí, en el frente de lucha, donde las vidas palpitan oscuramente pegadas a la tierra, se encuentran unidos lod dos hombres tan amigos en el tráfago cotidiano de la vida militar. Juntos, unidos, como hombres ateridos, como luchadores y matadores sin cuartel ni reposo. A veces los fusiles ardientes queman las manos y hacen detenerse la marcha cruenta de las balas. Si se pensara en el imponderable rayo de la guerra con la eficacia de la razón torturante, nadie iría al frente de batalla. Matar, matar, cruenta palabra que levanta los vellos de la carne. Hay algo inexpresable a fuerza de horrible en la matanza organizada, sistematizada, deliberada, defendida en los mitines, apoyada en las tribunas, sustentada en el cuarto de banderas. La guerra es el quinto mandamiento puesto al revés. Matarás, matarás, dice. Mirka Bradechensky siempre había presenciado alegremtne las batallas sin haber intervenido en ninguna. Tenía una alegría estentórea, poderosa y única. Ahora Mirka Bradechensky es diferente. En sus ojos pensativos se ha cuajado una laguna de

asombro. Cuando va repasando las trincheras, sus ojos se fijan en las vendas rojas de los heridos, en la macilenta expresión de los sanos, en la caras embrutecidas e indiferentes. Todo es igual. Todo desfila ante sus ojos como una horrible película de trágico redoble. La enfermería está plagada de heridos y enfermos. Heridos por las balas, enfermos de la disentería. Causan tanto estrago la una como las otras. Las caras lívidas, el sufrimiento acudiendo rápida y servilmente a todos los cuerpos, centelleando agresivamente sobre las carnes tumefactas, con un deseo absoluto de ser el único habitante del frente de lucha. Miembros amputados, ojos ciegos, operaciones, inyecciones, toda la secuela inveitable de la guerra. El reverso de los brillantes desfiles militares, de los uniformes impecables, las espadas centelleantes, los altos coraceros pasando marciales a caballo, los broncíneos soldados caminando inexorables a la victoria o a la muerte, la marcha triunfal del poeta. Luego vienen los desfiles macabros. El desfile final de la victoria. Con las banderas rotas, a veces gloriosas, manchadas y ennegrecidas por la pólvora, con la tierra mancillando la pureza de los colores primitivos. Con claros enormes en las filas, porque se ha desfilado dejando su sitio a los muertos, aquéllos que iban andando sin cesar por el campo de batalla con un rictus de eterno dolor entre los labios. Los desfiles así, como si los muertos caminaran, fueran seres vivientes, como si oyeran sus pasos, se escucharan sus palabras, contándonos lo que había más allá, no se pueden olvidar. Escuchad a los que lo han presenciado y parpadaréis de asombro innominado. Todavía se le erizan los vellos cuando lo recuerdan. A los acordes sonoros de himno nacional, mudos, terribles, insondables, los soldados desfilan, desfilan sin cesar, con la viva tragedia de los muertos refleјada en la cara, con el dolor de la presencia ida mordiendo los corazones desde su última frontera de sangre. El drama de la sangre vertida ha caído en el campo de batalla y ha encharcado las ciudades con su olor penetrante. Ha barrido

la rica presencia de los vivos con la atroz ausencia de los muertos.

Se ha establecido un brutal paralelismo entre los dos hombres amenazados en el frente de baballa y el hombre enfrentado a la muerte cuando va ésta conducida por la mano siniestra del cáncer. Ivan Lekoff, Boris Leprovna, Mirka Bradechensky, tres nombres, tres hombres conducidos por un misterioso destino a una misma secuencia final. Entre una tiniebla gris fantasmales y heroicos, como próximos corazones agonizantes, caminan lentamente a un mismo vértice final el profesor fanático de su misión, el coronel veterano que perdió a su amigo tal como nostálgicamente lo amaba, el joven alegre y cínico que se volvió irradiantemente triste.

....

Esta mañana ha venido el médico a casa de Ivan Lekoff. Ha sido una visita breve. Había poco que hacer sobre aquel cuerpo tan herido por la enfermedad que ha tenido al fin que rendirse. Yace tendido en un diván. A sus pies está sentada Luba Dubroska.

- Doctor - ha preguntado serenamente el enfermo - ¿Cuántas horas me quedan de vida? Me queda aun un capítulo de mi obra. Necesito diez horas para poder terminarlo.

El doctor, envejecido en treinta años de profesión, no ha respondido. Sus ojos azules y penetrantes han valorado exactamente la figura vestida de negro que está tendida sobre el diván, con el rostro de una palidez increíble. Ivan Lekoff ha experimentado notables cambios en las últimas semanas. Su rostro está céreo, con el color de los labios empalidecidos que se confunden con el resto de la cara. Sus ojos están profundamente hundidos dentro de sus cuencas. En ellos está concentrada la fuerte voluntad de llegar insomne y entero hasta el fin. El cuerpo se adivina esquelético debajo de la camisa y los pantalones negros, con las delgadas muñecas y las afiladas manos destacándose sobre la negra tela.

Luba tiene un libro de anotaciones entre las manos. Durante la úl-

tima semana ha estado escribiendo lo que le dictaba el enfermo, impotente ya para hacerlo por sí mismo. Ha sido registrado de una forma científicamente el proceso sensitivo de la enfermedad según ha ido experimentado sensaciones el enfermo. Todas aquellas emociones sentidas por éste han sido dictadas a su compañera, que ha colaborado infatigablemente en esta labor. La voz ha sido infatigable, insensible al dolor que causaba, que era su dolor mismo. La mente ha sido implacable. No ha dejado de registrar ni una sola de las sensaciones que ha experimentado, por recónditas e impúdicas que fuesen, todo de una manera rigurosamente científica, inmolado en aras de la ciencia, el altar donde ha consagrado su vida.

El médico mira a ambos. Sabe que no caben ocultaciones una vez llegados a la altura a que se ha avanzado.

- ¿Puede ver usted bien todavía? - pregunta analizando al enfermo.

- Sí, doctor. Unicamente siento que mi vista que no es tan clara como antes.

- Son los primeros síntomas, es natural.

- Deseo que me describa usted como va a venir el abandono progresivo de mis fuerzas. Cómo se va a producir el momento final.

Un frío estremecimiento recorre la espina dorsal del médico. Nunca ha tropezado con nada semejante.

- ¿Desea usted realmente que le diga como va a desaparecer? - pregunta acentuando mucho las palabras.

- Sí, deseo saber como voy a morir - dice el profesor con voz firme y helada.

Transcurre una pausa. Una pusa densa, angustiosa, plena de significados. El hombre tendido en el diván es implacable en su afán de conocimiento. Implacable hasta para el conocimiento de su propio fin.

El doctor se sienta frente a Luba. Esta le mira con una expresión indefinible, con una inexpresividad total en la cara a fuerza de ser dolorosa.

-¿Desea usted, señora, escuchar lo que voy a decir?

-Sí, quiero - responde la mujer como si dijera el sí que nunca tuvo ocasión de pronunciar.

El clava sus ojos en la ventana, por donde se va filtrando la última luz del crepúsculo. Empieza a hablar con una voz impersonal, monótona, a fuerza de una excesiva emoción.

- El cáncer ha entrado en su período más avanzado. Se encuentra usted experimentando los primeros síntomas de lo que forzosamente ha de llegar. Tiene ya corroída casi totalmente la tela superficial de los pulmones y horadada en buena proporción la parte interna. En cualquier momento que no se puede prever empezará a agrietarse, viniendo a ser sibilante la respiración y a contraerse dificultosamente los pulmones, lo que acelerará la combustión interna de la parte acancerada. La respiración será entonces dificultosa y la circulación de la sangre será reducida al mínimo. Empezarán a agarrotarse las extremidades inferiores. La pérdida de la vista, que está ahora estacionada, se completará hasta no dejar ver nada en absoluto. El corazón trabajará cada vez a un ritmo más lento y pesado El agarrotamiento de las extremidades inferiores irá ascendiendo lentamente invadiendo los intestinos, luego el vientre superior. Empezará a respirar con dificultad extrema, mientras lentamente va subiendo la parálisis, hasta llegar al corazón. Allí lo detendrá. Es el fin. Trancurrirá aproximadamente a lo largo de doce horas.

La voz impersonal del médico no ha omitido nada. Todos los detalles han aparecido cruelmente delineados ante el enfermo.

- Gracias, doctor - ha dicho simplemente éste - Probablemente no necesitaré más sus cuidados hasta la hora final que se va aproximando.

Su expresión se ha hecho tensa. Su voz ha sonado casi gentil al dar las gracias a quien le ha descrito tan minuciosamente el proceso de su vitalidad agonizante. Ivan Lekoff tiene que dar su última batalla por la

ciencia.

El doctor siente un escalofrío en la médula. Dice con su voz fatigada:

- Yo ya no puedo hacer nada por usted.

- Tengo casi el tiempo justo para terminar mi último capítulo. El de mi libro y el de mi vida.

- Adiós, pues, señor Lekoff - dice el doctor estrechando la mano de su paciente. Ya veo que la ciencia es inexorable. Tiene usted todavía que trabajar. Hasta el último momento.

- Hasta el último momento - repite el enfermo - adiós, doctor - Una sonrisa débil entre los labios blancos. Los ojos con su febril brillo de siempre, pero llenos de sombras ya. El doctor lo contempla con una líquida emoción cristalizada en sus ojos, una emoción que se ha hecho terriblemente muda a fuerza de ser intensa.

Adiós, señor Lekoff - repite pensativo y sombrío, saliendo de la habitación. Luba Dubroska lo acompaña. Va a decir algo, pero se calla con la voz estrangulada. Ya son inútiles todas las palabras. Luego se vuelve, con su dolor ahogado en la garganta. Se sienta en una silla junto al enfermo. Ivan sigue con los ojos cerrados en su profunda concentración. Luba lo contempla con una mirada de desgarro infinito, una mirada en la que se ha condensado todo su sentimiento por aquel hombre, un sentimiento profundo que ha anulado todas las palabras, para el que son inútiles todas las palabras.

Coge una mano de él y la retiene entre las suyas. El abre los ojos y los posa sobre ella, unidos en una mirada más allá de todas las expresiones, de todos los vocablos, más allá de la carne doliente, en la fuerza misteriosa del alma, en una unión más profunda que la carnal y la espiritual juntas, vertidos ambos en el cáliz amargo del destino. La unión sencilla de dos manos. Pero con la expresión total de su unión en la frontera sin mancha donde sólo pueden unirse las cosas en un sentimiento que no tiene ya la carne del amor, en algo más alto, más profundo y más hermoso que

la espiritualidad del amor. Es la espiritualidad tangible en que han quedado insertos dos seres cuando han vivido juntos las horas puras y ardientes de los enamoramientos primeros, las horas cruentas y dolorosas del deseo, cuando se han vivido juntos las horas interminables y angustiosas e consumidas en el crisol de un ideal.

- Es necesario terminar, Luba - dice suavemente Ivan - son las ocho de la tarde. Me queda el capítulo final. Todo está preparado para ser entregado a la imprenta en cuando se concluya el capítulo final.

- Sí, es necesario - asiente Luba. Consigue dominar el temblor de sus manos y se dispone a escribir.

Ivan cierra los ojos y empieza a hablar. Su voz, pura y fría aun, se oye en la penumbra de la habitación como si fuera un límpido estilete.

- Hoy, día 8 de septiembre de 1914, se inicia el último capítulo de este libro y el de este hombre. Probablemente acabarán al mismo tiempo. En estos momentos de profunda densidad vital, tengo a mi lado a mi compañera Luba Dubroska. Ella irá escribiendo lo que voy dictando, como lo ha haciendo venido de una semana a esta parte por estar yo imposibilitado para hacerlo por mí mismo. Estas sensaciones finales que voy a describir, quizás útiles en el campo de la medicina psicológica, tendrán el sello de la última verdad que voy en breve a tener entre mis manos. Nosotros, los humanos, pugnamos siempre por conocer la Verdad y ésta, irónica y esquiva, se nos revela sólo cuando la sangre no circula ya dentro de nuestra carne. Tenemos precisión de traspasar la última frontera de lo humano y de sumergirnos en el misterio denso que nunca ha sido revelado a los vivos. Unicamente cuando nos vamos acercando al final, cuando nuestro cuerpo empieza a sentir los primeros latigazos de la muerte, cuando se va perfilando su imprecisa silueta de eterna enamorada, sólo entonces acertamos a percibir unos débiles rayos de luz. Nuestro anhelo siempre vivo de conocimiento tropieza con la fuerza inane de lo desconocido. Vamos caminando a ciegas

por la vida, grueso misterio en que flotamos, hasta que la muerte, ar- -cángel de bronce del infinito, nos va abriendo lentamente, con una pausa mortal, las puertas férreas de lo desconocido. Como el arcángel de fuego de los primeros días del Génesis, lleva en su mano la espada centelleante que nos indica la expulsión de la vida, como aquel nos indicaba la expulsión del paraíso en aquellos días primitivos de la vida de la creación.

La noche va avanzando progresivamente sobre el día, eyaculando su negrura dentro de la habitación y llenándola de sombras. El enfermo ha hecho una pausa de descanso. Su voz, clara al principio, se ha vuelto ligeramente ronca en las últimas palabras. Su espíritu, tenso a una potente concentración, parece saturar el aire denso de la habitación.

Luba se levanta y enciende un candelabro próximo, que ilumina imprecisamente el sitio que ocupa, destacando netamente su perfil entre las sombras.

El enfermo ha ido cobrando fuerzas en este descanso. Una viva angustia se retrata en su cara, en la lucha última que está empezando a sostener. Sigue dictando.

- Así, a cada momento van creciendo nuevos seres en la vida y otros, ley inexorable, van siendo expulsados de ella para crecer en el misterio de otro mundo diferente, desligados ya de la materia corpórea. Los primeros, originados en la lucha de los sexos, vienen al mundo con el hambre terrible de la vida. Los otros, somos nosotros, los miles de seres que caminamos hacia la puerta que nos indica el ángel fatal con su lúgubre espada, los que estamos a escasas andadas de nuestro términos. Los azotados por la guerra, los corroídos por la enfermedad, los mordidos por la desesperación suicida, los condenados a la última pena, los náufragos sin esperanza, todos los que van a morir. Todos los brillantes candidatos a la muerte, todos los que en breve serán sus elegidos.

La voz de Ivan Lekoff apenas ha sido audible en estas últimas palabras. Ronca y angustiosa, se observa ya en ella un timbre velado, como si el vivo espanto de la muerte quisiera infiltrarse dentro de él y fuese rechazado en su íntima,esencia, perdurando sólo el temor de no poder llegar hasta el fin, imprevisiblemente próximo.

Luba agita su mano ante los ojos del enfermo, que no necesitan ya estar cerrados para poder concentrarse, quedando imperturbables ante el movimiento de la mujer y revelando su ciega presencia. Toca sus piernas, por la que ha empezado a filtrarse la parálisis. Los ojos de Luba tienen la crispación del horror próximo. Los ojos de Ivan tienen una mirada profundamente serena, como si la luz de otro mundo, entrevisto ya entre las imprecisas nebulosas del sueño y la muerte, viniera a habitar en ellos.

La mujer lo contempla con una viva maravilla en sus ojos, de los que va desapareciendo la viva imagen del horror que la poseía. Como si la fuerza espiritual del enfermo, transparentada en su ciega mirada maravillada, trasunto de lo que está viendo su espíritu, le dijese : Serénate, mujer, que cuando se ha agotado la restallante vitalidad de la vida, hay otra vitalidad más alta, más profunda, más ingenuamente ambiciosa de la que tenemos en la tierra. Es la vitalidad infinita de los cielos.

Ivan Lekoff empieza a hablar otra vez con una voz blanca, inesperadamente dulcísima. Su cuerpo, maltratado por la enfermedad, parece haber cobrado nuevas fuerzas. Su rostro es inefable, expandido sobre él un vivo resplandor espiritual.

- Sí, amigos, aquí estamos todos reunidos, delante de la puerta del Señor. Vamos a formar parte de la nueva milicia sideral, aquella que el Señor ha destinado a su lado, a la derecha de su Real Presencia. Aquí están todos los que han hecho más radiante y luminosa la vida de los hombres, todos los que han hecho más amables las durezas de abajo, todos los que han tenido bellos y profundos pensamientos, todos los que han amado con

bondad y perfección. Aquí estás tú, inesperado Mirka Bradechensky, desconocido amigo mío, con tu amor frustrado y tu irradiante tristeza terrena. Tu corazón ya no necesitará vivir para aquel amor. Aquí tendrás otro más puro y total. También estás tú aquí, Boris, amigo mío. Ya no tendrás el dolor de separarte de tu amigo, tú que lo amabas con tanta perfección. Vuestros cuerpos, sepulcrados en el campo de batalla, están ya unidos en lat tierra. Aquí arriba tendréis una unión más perfecta y duradera.

-.Yo también voy a reunirme con vosotros, con todos vosotros, mis compañeros en la próxima milicia instituída por El. Mi cuerpo descansará entre las aguas del lago, pero mi espíritu irá definitivamente a traspasar la Puerta que estáis franqueando. Dejo aquí a Luba, mi amiga, mi amante, mi esposa, que sé que en breve irá a reunirse con nosotros, por misterioso designio. Ella hará que mi obra sea lo que ha de ser...

El enfermo se detiene, impotente para seguir, Va concluyendo lentamente, sin agonía. Su voz se ha ido extinguiendo suavemente, ya en la frontera del último período. Un ronco estertor le pasea por la garganta. Aun susurra con claridad, ya dominado por el rictus agónico :

!Luba! !Luba! - Luego se extingue, en un rigor definitivo.

La mano de la mujer ha trazado sobre el papel la última palabra del hombre ya muerto. Su cara está pálida, pero serena. Su frenesí de espanto ha sido dominado por la augusta serenidad expandida por el rostro del profesor.

Ha quedado transida, cansada, inerme, con un gusto de ceniza en la boca, un frío mortal habitándole el corazón, pero tranquila, desprendidamente fiel a la última misión que le ha sido encomendada.

Se dirige a las ventanas, descorre las cortinas y vuelve impasible a ocupar su puesto al lado del muerto.

Como una antigua vestal guardadora del fuego, una pura sacerdotisa consumida en un sacrificio incruento, Luba Dubroska, Penélope de un mundo soñado y esperado, ve filtrarse a través de la ventana la esperanza tangible

de un limpio amanecer, promesa de un mundo nuevo, un mundo sin límites, sin sombras, sin fronteras, donde no existen luchas humanas, ni enfermedades terribles, ni alzadas banderas, un mundo donde sólo existe la Eterna Armonía...

....